3 1761 08695617 4

CAMPOAMOR

ESTUDIO BIOGRAFICO

COLECCIÓN
«LOS GRANDES ESCRITORES»

PALACIO VALDES, por A. Cruz Rueda.

JOSE MARTI, por M. Isidro Méndez.

BENAVENTE, Por Angel Lázaro.

TAGORE, por E. Pieczynska.

BLASCO IBAÑEZ, por Emilio Gascó.

RUBEN DARIO, por Francisco Contreras.

CAMPOAMOR, por Marciano Zurita.

C198
Yz

LOS GRANDES ESCRITORES

CAMPOAMOR

ESTUDIO BIOGRAFICO

ESCRITO POR

Marciano Zurita

303043
8. 34
32.

AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERIA

Derechos reservados.

E. P. C., S. A. —Provenza, 238. BARCELONA.

I

CAMPOAMOR, NIÑO

LOS PRIMEROS AÑOS. — ASTURIAS LA BELLA. — DOS ESTIRPES DIFERENTES. — EL MAESTRO DON BENITO. — A CAMPOAMOR NO LE GUSTA EL LATIN.

Santa María de Navia es un pintoresco pueblecito de la costa cantábrica, de muy corto vecindario, pero de muy grandes bellezas naturales. Situado en los confines occidentales de la provincia de Oviedo, cerca ya de los linderos de Lugo, participa igualmente de la austera sobriedad astúrica y de la geórgica apacibilidad galáica. No tiene mucha riqueza, pero tampoco muchas estrecheces. Entre sus montes y sus prados, que le dan ópimos frutos, dispone de cuanto necesita para vivir en paz, dichoso y alegre, ni envidiado ni envidioso, como el clásico.

En aquel rinconcito apacible y risueño, nació el

día 24 de septiembre de 1817 el gran poeta de las "Doloras", siendo bautizado en la iglesia parroquial de Santa María de la Barca y recibiendo en la pila bautismal los nombres de Ramón María de las Mercedes. Sus padres se llamaban don Miguel de Campoamor y doña Manuela Campoosorio.

Se ha dicho por algunos que Campoamor nunca sintió gran afecto hacia el pueblo en que nació, atribuyéndole, en cambio, un amor profundo hacia la región levantina, donde contrajo matrimonio y tuvo su famosa finca "Matamoros". Sin que sea incierto esto último, no por eso es exacto lo primero. Campoamor fué siempre un fervoroso amante de su tierra natal y así lo demostró en numerosas poesías dedicadas a aquel bellísimo rinconcito asturiano que abrió sus ojos a la luz primera y despertó en su alma los hermosos ensueños de la niñez, que fueron más tarde dulcísimos versos. Prueba de ello es este elogio que Campoamor hace de su tierra natal, en una evocación tierna y lejana:

> Sé que te vas y mi alma te acompaña;
> Navia es de Asturias la región más bella,
> aún siendo Asturias lo mejor de España. (1)

No son muy copiosos los datos que existen respecto a la familia de Campoamor. La condesa de Pardo Bazán, que hizo una biografía, tan concienzuda como luminosa, del gran poeta, dice de éste: "Su línea

(1) "Los caminos de la dicha".

paterna era llana, de labradores; la materna, hidalga, y muy preciada de su hidalguía. Buen cruzamiento, que rara vez deja de redundar en beneficio de la prole, a la cual transmite por un lado el vigor físico y por otro la afinación y la distinción innata de las razas viejas. El matrimonio apenas tuvo tiempo de perder las primeras ilusiones; el padre murió muy joven. Si he de decir lo que supongo, Campoamor heredó de su padre la imaginación y de su madre la actividad y viveza de carácter. Aquella señora de la "anchurosa frente" mandaba en su pueblecillo; de sus pulidas manos recibía la vara el alcalde de Navia. (1). Cuando el hijo empezó a darse a conocer en el mundo de las letras, pedíale siempre la madre los libros que publicaba; pero al morir ella, se encontraron intactos, con las hojas sin cortar. Su genio movible e inquieto no le permitía fijarse en la lectura. Cierto día le preguntó el poeta por qué creía en Dios. —"Porque sí"— contestó resueltamente. Esta razón de mujer llegó a parecer decisiva más adelante a Campoamor." (2).

Indudablemente, en la sensibilidad de Campoamor ejerció gran influencia el caracter materno. En cambio, en su modestia influyó mucho la estirpe de

(1) Siendo esto así—y no lo dudamos, basta que lo diga una escritora tan escrupulosa como la condesa de Pardo Bazán—,la madre de Campoamor debió de proceder de los Condes de Nava, o al menos de la casa Lienes, familias ambas que en la época en que nació el poeta ejercían en Navia una influencia decisiva, siendo las que proveían el curato y nombraban alcalde.

(2) "Ramón de Campoamor: Estudio biográfico II", páginas 16 y 17. Madrid. "La España Moderna".

su padre. En su polémica con Castelar acerca de la fórmula del progreso, el ilustre poeta dijo así: "Y no se contenta el señor Castelar con poner de relieve mi malignidad y mi ridiculez, sino que a mí, que una de las cosas por que siento no ser Papa es por no poder llamarme "siervo de los siervos de Dios", me hace la injusticia de suponer que parece que reniego de mi suerte, sin duda porque yo no he nacido grande de España, cuando dice:—Yo no olvido que he nacido en cuna plebeya.—Yo tampoco, Sr. Castelar, o por mejor decir, yo nunca me acuerdo de ello. El hombre es hijo de sus obras, y nadie le importa que nuestros antecesores hayan sido unos matasietes contra moros y judíos o unos simples "aches" en el libro de la vida. Yo, que jamás me he desvelado en saber si alguno de mis ascendientes había tenido la honra de apretar alguna vez las hebillas del botín de Don Pelayo, nunca tendría tampoco la petulancia vulgar de alabarme de descender de un "Don nadie". (1).

Muy niño era todavía Campoamor cuando murió su padre, ante cuya desgracia trasladóse la familia a San Salvador de Piñera, pueblecito del Concejo de Navia, donde tenía una casa solariega en la que el poeta permaneció hasta cumplir los nueve años. Sin duda alguna, la familia Campoamor no vivía en la abundancia, razón por la cual, andando el tiempo, a un biógrafo anónimo se le ocurrió decir que al poeta "le habían enseñado, de niño, un oficio mecáni-

(1) "El Personalismo".

co". Cuando Campoamor lo supo, exclamó desdeñosamente: "¡Ese imbécil cree por lo visto que yo he sido educado como los príncipes alemanes, a quienes se les enseña siempre un oficio mecánico! Ignora que me he criado en el palacio de Piñera, que solamente me sirvió para adquirir mis aficiones a pasarlo bien y mis hábitos de pereza."

Durante los años de su primera infancia, educóse Campoamor bajo la vigilancia maternal, austera y religiosa, y al cumplir los diez, fué enviado a Santa Marina de Vega, donde, según él mismo nos cuenta, estudió latinidad con un tal don Benito, dómine chapado a la antigua, cuyo ceño amargo y cuyas disciplinas—especialmente éstas—le hicieron odiar el divino idioma de Horacio y afirmar, más tarde, con profundo desprecio: "El latín, a pesar de los elogios de don Benito, es un idioma sin delicadeza, encopetado, sensual y hasta pobre cuando se le sube a las regiones de la inteligencia y de la moral. Aunque espante la evocada sombra de don Benito, concluiré diciendo que de mucha parte del modo de pensar áspero, torpe y material de la sociedad romana, lo mismo de la república que de la cesárea, tiene la culpa la lengua." (1).

No obstante estas frases tan duras, Campoamor debió gran parte de sus gustos clásicos al latín que le enseñó en Puerto de Vega el dómine don Benito —valga el pleonasmo, ya que de latines estamos hablando.—

---

(1) "El Personalismo".

II

CAMPOAMOR, ESTUDIANTE

DE NAVIA A COMPOSTELA Y DE COMPOSTELA A MADRID. — EN EL COLEGIO DE SANTO TOMAS. — UNA VOCACION INEXPLICABLE: CAMPOAMOR QUIERE SER JESUITA. — ESTUDIANTE DE MEDICINA. — EL CONSEJO DE UN CATEDRATICO.

Campoamor empezó su vida de estudiante a los quince años, o sea en 1832, en que, a últimos de septiembre, trasladóse a Santiago de Compostela para cursar Filosofía. (1)

(1) Han resultado inútiles los esfuerzos realizados por el ilustre Secretario general de la Universidad de Santiago, don Paulio Otero Vázquez, para proporcionarnos el expediente académico de Campoamor. En el archivo de aquella Universidad no existen más que las hojas de estudios de don José de Campoamor y de don Francisco de Asís de Campoamor, pero no las de nuestro poeta.

Después, a los diez y siete años, volvió al pueblo y, a los diez y ocho, llegó a Madrid, matriculándose en el colegio de frailes dominicos de Santo Tomás, donde cursó Lógica con el P. Monjón y Matemáticas con don Alejandro Bengoechea.

Recuerdo y evocación de su estancia en el colegio deben de ser las palabras que nuestro biografiado escribe en el Epílogo de "El Personalismo" y que dicen así: "Me acuerdo de nuestra religión de "amor" de aquella época como de una "pesadilla". Por las mañanas me hacían oir todos los días, por lo menos, una misa. Por el día me enseñaban, de una manera absurda, la doctrina cristiana, esa moral divina que, comentada por el fanatismo y la ignorancia, se convierte en un estrecho preceptualismo, que hace totalmente imposible la cosa más fácil del mundo: la virtud. Por las noches me hacían rezar el rosario, el cual me acuerdo que yo lo recitaba maquinalmente, sin ningún estro interno y sin ritmo exterior. Las multiplicadas prácticas doméstico-religiosas sólo me llenaban de hastío; pero cuando me acuerdo de un cierto templo adonde me conducían casi a todas las horas del día, me s u c e d e como cuando alcanzo a ver un cementerio: siento frio. Aquella suciedad, tan común en todo lo que no adornan las mujeres; aquella luz semi-extinta; aquel hedor que echaba la carne corrompida; la multitud anti-jerárquicamente amontonada; calaveras, más profundamente sembradas que las estrellas en el espacio, para representar horriblemente la brevedad de la vida humana; todo ese conjunto me hacía en-

tonces recordar la muerte como una especie de "garrote vil", siendo así que ahora, cuando leo el "Evangelio", casi me dan ganas de morirme por "curiosidad."

Es inexplicable este concepto de la Religión que Campoamor expresa como adquirido en el Colegio de los frailes dominicos de Santo Tomás, puesto que, precisamente, al salir de allí, ingresó en el noviciado que la Compañía de Jesús tenía entonces en Torrejón de Ardoz. Que su estancia en el noviciado de los jesuítas no fué muy larga lo demuestra el hecho de que, al cumplir los veinte años, estuviese Campoamor estudiando Medicina en el Colegio de San Carlos, donde se distinguió notablemente en las asignaturas de Anatomía, que explicaba el doctor Corral y Oña, después marqués de San Gregorio, y Filosofía, explicada por el doctor Isern.

Se ha dicho que Campoamor abandonó la carrera por una mala nota obtenida en un examen y que él consideró injusta. Se ha dicho también que la causa de ello fué la repugnancia que le inspiraba la clínica y que no pudo conjurar por medio del cigarro, por la sencilla razón de ser enemigo acérrimo del tabaco... El propio Campoamor explica su decisión con estas palabras: "Seguro de que nunca la practicaría, aconsejado por el mismo señor Corral, abandoné los estudios teóricos de la Medicina, de esta ciencia que al principio sólo enseña a perder el pudor, y que a lo último, cuando se la pregunta: — "¿Qué es el hombre?", responde con la discreta ignorancia de Demócrito: "Es... lo que todos saben".

Doña Emilia Pardo Bazán refiere que habiendo preguntado el doctor Corral a Campoamor, en los exámenes de segundo año la "teoría del estornudo", contestó el alumno de manera tan original e ingeniosa que el catedrático le aconsejó bondadosamente: "La Medicina es preciosa como estudio, pero fatal como carrera. Deje usted la Medicina y dedíquese a las letras. Para médico le sobran a usted muchas arrobas de agudeza; en la literatura está su porvenir".

Campoamor siguió el consejo y abandonó por entonces los estudios. Y decimos por entonces porque, años más tarde, de 1871 a 1874, asistió con verdadero deleite a las cátedras de Análisis Químico que en las Facultades de Farmacia y de Ciencias regían los doctores Rioz y Bonet Boufill.

III

CAMPOAMOR, POETA

LA INFLUENCIA ROMANTICA. — UNA PROFECIA DE ESPRONCEDA. — CINCO HORAS DIARIAS EN LA BIBLIOTECA NACIONAL. — EL LICEO ARTISTICO LE ABRE SUS PUERTAS. — PROFESION DE FE MONARQUICA. — LA BELLA DESDEÑOSA. — APARECEN "LAS DOLORAS" Y OBTIENEN GRAN EXITO.

Los primeros versos de Campoamor datan de su época de estudiante de Medicina. Eran ingénuos, sencillos y, por regla general, amatorios. Muy pocas personas los leyeron; a lo sumo, algunos compañeros del autor y el dueño de la casa donde éste vivía en la Corte, don José Serra y Ortega, tío del que más adelante fué pundonoroso militar, ilustre dramaturgo y amigo íntimo de Campoamor, Narciso Serra.

Veinte años tenía nuestro poeta cuando dejó la

Medicina y se entregó por completo al cultivo de las Musas. Y "Las Musas" se denominó su primer libro de versos, en el que, siguiendo la corriente romántica, recién iniciada en España, imitó a Victor Hugo, Byron y Lamartine.

Espronceda, a quien pidió opinión acerca de tal libro, le dijo con absoluta sinceridad:

—Usted llegará con el tiempo a ser un buen poeta, quizá un gran poeta. Pero para llegar a serlo, es preciso que estudie mucho, antes de empezar a escribir, y que estudie, sobre todo, a nuestros clásicos.

No echó Campoamor en saco roto el consejo del glorioso autor de "El Diablo Mundo" y decidido a adquirir una cultura sólida, se entregó de lleno al estudio, visitando diariamente la Biblioteca Nacional, donde, a veces, permanecía estudiando cinco horas seguidas.

¿De qué vivía, entre tanto? Ningún biógrafo lo ha dicho. Es de suponer que se sostuviese con la modesta pensión que le enviaba su familia y que, careciendo él de vicios, debía de serle suficiente, tanto más cuanto que siguió en casa del señor Serra y Ortega, que le consideraba como un hijo.

Durante este tiempo, leyó diversas composiciones en el Liceo Artístico de Madrid, obteniendo muchos aplausos y dándose a conocer como poeta. Tanto que dicha Sociedad costeó la edición del segundo libro de versos de Campoamor que se publicó en 1840 con el título de "Ternezas y flores".

Después de esta obra—de la que don Juan Valera dijo que estaba escrita con la efusión de un alma

enamorada,—publicó Campoamor, en 1842, su primer tomo de "Fábulas" y otro de poesías denominado "Ayes del alma", tomo este último que empieza con dos ampulosas odas dedicadas "A la Reina Cristina, restauradora de las libertades patrias, al partir para su destierro" y "Al regreso de S. M. la Reina Doña María Cristina". Ambas fueron leídas por su autor en el Liceo Artístico y, al ser conocidas, le valieron la amistad y el favor de muchos de los ilustres políticos que militaban en el campo del cristinismo. Tales composiciones fueron - algo así como la profesión de la fé monárquica del poeta, fé que no le abandonó nunca, aunque con el transcurso del tiempo se modificó profundamente, pues habiéndose iniciado en las más avanzadas izquierdas liberales, terminó incorporándose a las filas conservadoras, tan cómodas y apacibles.

Por entonces conoció Campoamor a aquella gentil y desdeñosa Dolores, de la que se enamoró profundamente y el misterio de cuya vida nadie ha podido esclarecer. Algo se trasluce, sin embargo, en la "Carta-contestación a don Alvaro Armada y Valdés", que, a guisa de prólogo, escribió el poeta para la primera edición de las "Doloras", publicada en 1845. Pero lo que se trasluce es tan vago, tan impreciso, que resulta imposible de todo punto deducir de ello nada que esclarezca el misterio de esta parte de la vida de Campoamor.

Lo único cierto es que la bella desconocida arraigó de tal modo en el corazón del poeta, que éste bautizó sus mejores poesías con el extraño neolo-

gismo de "Doloras", que tanto alarmó a los culteranos de aquella época y que poco después fué admitido como perfectamente familiar y corriente en nuestro idioma.

El propio Campoamor refiere las vicisitudes que en un principio tuvo que sufrir el sorprendente título de su nueva obra: "Cuando yo bauticé con el nombre de "Doloras" un género literario que creía y sigo creyendo aceptable, suscité contra mí las iras de todos los amigos exclusivos de los géneros tradicionales. Al respetable don Juan Nicasio Gallego le pareció que la palabra "Dolora" era demasiado nueva y se la podía sustituir por la palabra "Magor", por ser más conocida y determinar, aunque imperfectamente, el género; pero el primer marqués de Pidal se opuso resueltamente a la sustitución y la palabra "Dolora" empezó a correr el mundo, sin más pasaporte que mi voluntad y la tolerancia de mi ilustre amigo y paisano el señor marqués de Pidal. Y para que se vea hasta qué extremo puede arrastrar el amor al purismo de la frase a las naturalezas más tolerantes y más rectas, añadiré que después de veinte años de sufrir los anatemas y las rechiflas de vetustece ignaras (lo digo en cullo para que no se me entienda), fuí nombrado individuo de la Academia Española, siendo director don Francisco Martínez de la Rosa. Sucedió que mi padrino, el señor marqués de Molins, tuvo por conveniente nombrar la palabra "Dolora" en su discurso de contestación, y porque la palabra era nueva le pareció bastante motivo al señor Martínez de la Rosa para dilatar,

con su inmensa fuerza de inercia, el que yo tomase posesión de mi plaza hasta que por su desgracia y la de las letras no me lo pudo impedir. Si el señor Martínez de la Rosa hubiese llegado a vivir más tiempo, yo me hubiera permitido hasta tutear su respetabilidad arqueológica, ya que él se alababa de que Fernando VII le daba, cuando aún no tenía veinticinco años, el tratamiento de "usted". Pero, en fin, respetando su memoria, me concretaré a decir que aquella pudibundez arcáica no me ha parecido propia de un hombre de Estado eminente, que tenía por lema de su conducta las palabras: "paz, orden y justicia." (1)

A pesar de la oposición, tan ruda como tenaz, que los defensores del purismo hicieron a las "Doloras", alcanzaron éstas un éxito enorme y muchas de ellas, como "La opinión", "Las dos grandezas", "El beso", "El gaitero de Gijón", y especialmente "¡Quién supiera escribir!", corrieron de boca en boca, recitadas de memoria, haciéndose popularísimas.

Desde la aparición de "El diablo mundo", no se había visto en España triunfo literario semejante, y como es natural, tuvo entonces Campoamor los primeros enemigos. "No puedo menos de recordar con pena—dice éste en "El Personalismo"—el encono con que la poetastrería ya formada atacó mis primeras doloras. Sólo el entusiasmo conque algunos jóvenes las empezaron a imitar, pudo hacerme

(1) "Poética", cap. IX, páginas 101 y 102.

despreciar la bilis de la trinca de mis cofrades. Y no fuí atacado por los más entendidos, sino por algunos memos literarios que brotan pensamientos por la misma razón que las encinas crían bellotas: porque Dios quiere. Como la política envenena hasta el veneno, así como el avaro de Alarcón aguaba el agua, sucedió que alguno de esos enemiguillos que de vez en cuando no han suscitado las cuestiones políticas, han solido llamarme, como por una especie de despreciativa antonomasia, "el autor de las Doloras". Estoy seguro que nunca les he parecido tan extravagante, como ellos a mí me han parecido y me siguen pareciendo necios. En honor de la verdad, y como en desagravio de las diatribas públicas y privadas que contra mí lanzaban mis hermanos en Cristo y en Apolo debo confesar que algunos escribieron entonces doloras, así moral como literariamente, mucho más agradables que las mías, y que lo mismo la célebre poetisa doña Carolina Coronado de Ferry que los señores Navarrete, Hurtado y marqués de Auñón, han salido frecuentemente a mi defensa con un desinterés y una elevación destituída de toda clase de rivalidad literaria, que les agradece mucho el maltratado autor de las "Doloras". (1)

Esta misma guerra hecha a Campoamor por los partidarios de las escuelas poéticas tradicionales demuestra el formidable éxito obtenido por las "Doloras". Muerto Espronceda en aquellos días. (2)

(1) "El Personalismo" (Epílogo, cap. I.)

(2- Murió el 16 de mayo de 1842.

todos los ojos se volvieron hacia Campoamor, en quien se cumplía la profecía hecha por aquél cinco años antes: Campoamor era un gran poeta. Tan grande que sólo Zorrilla podía competir con él.

IV

CAMPOAMOR, POLITICO

UNAS SEMBLANZAS FAMOSAS. — EL LIBERALISMO ARISTOCRATA. — GOBERNADOR DE PROVINCIA. — LOS DICHOSOS TRAMITES. — EL COLERA EN ALICANTE. — UN CIMBALILLO MOLESTO. — LA BODA DE CAMPOAMOR. — VALENCIA SE INSURRECCIONA Y ES ARENGADA POR OTRO POETA. — LA VIDA TRANQUILA.

Muy difícil era vivir a mediados del siglo XIX sin estar afiliado a alguno de los innumerables bandos políticos en que por aquella época se hallaba dividida la nación. Y si alguna excepción había, no podía alcanzar a Campoamor, cuyas ideas liberales eran bien conocidas de todos, desde que leyó sus primeras poesías en el Liceo Artístico.

Sin embargo, el primer acto verdaderamente político de Campoamor no tuvo lugar hasta 1844, en

que, con motivo de reformar las Cortes la Constitución de 1837, publicó la "Historia crítica de las Cortes reformadoras", interesantísimo documento histórico de la política española de mediados de siglo, toda vez que las semblanzas de los hombres públicos de entonces, que el libro contiene, constituyen una serie de preciosos retratos, aunque no todos son exactos. Las más mordaces son las de González Bravo, don Francisco de Paula Castro y Orozco, Martínez de la Rosa y, especialmente, don Francisco Perpiñán; la más graciosa, la de don Juan Donoso Cortés; la más benévola, la de don Nicomedes Pastor Díaz; la más cariñosa, la de don Juan Francisco Pacheco; la más amable, la de don Luís Sartorius, y por último, la más respetuosa, la de don Antonio Alcalá Galiano.

Hablando de aquel libro, dice el propio Campoamor: "Constituído en el Herodes de los tontos, o más bien en el Aristófanes de aquellos reformadores, yo no les ataqué en sus pasiones, porque esto es de la competencia de los Tribunales, ni tampoco en su moral, porque esto es de la jurisdicción del cielo. En mis disecciones críticas, yo no he buscado más cuerpo que lo incorporal, lo que es público, lo que marcha al aire libre, lo que sale de la esfera privada, la parte del hombre que tiende a hacer propaganda, el ministro de las relaciones exteriores de nuestra vida: la inteligencia." (1)

De cómo pensaba Campoamor en aquella época, dan idea estas palabras suyas: "¡Qué liberal era yo

(1) "El Personalismo", pág. 335

cuando aún no lo era la plebe! Sin embargo, hasta en los mayores accesos de mi liberalismo, nunca he podido oir nombrar, sin sentir bascas, el "potaje negro de Esparta"; esto prueba que yo he sido siempre un liberal de estómago delicado. En España eran liberales los caballeros cuando la plebe era servil; después que la plebe se fué liberalizando, los caballeros fueron transigiendo con las ideas realistas, sin duda por la misma razón que algunas personas prefieren los ratones a los gatos. Mi amor a la popularidad nunca ha degenerado en pasión por el populacherismo de corrillo; mi caracter de ciudadano nunca se ha prostituído hasta alternar políticamente con la ciudadanería." (2)

Como es natural, la publicación de la Historia mencionada disgustó a unos y agradó a otros, entre los cuales se hallaba Sartorius, quien complacido de la semblanza que de él se hacía en el libro, influyó para que entrase Campoamor en la Redacción de "El Español". Esto ocurría en 1845. Un año después, le daba una credencial de auxiliar del Consejo Real de la clase de segundos, poco después le ascendía a la de primeros, y no contento con esto, al año siguiente le nombraba Gobernador de Castellón de la Plana.

"A fines del año 47—refiere el poeta—, fuí nombrado jefe político de la provincia de Castellón de la Plana, por el señor don José Luís Sartorius, después conde de San Luís. Instalado en mi ínsula,

(1) "El Personalismo", páginas 333 y siguientes.

quise, como Sancho, ser justo y promover el bien. ¡Inexperto! No sabía yo que para hacer bien mandando ¡estas dos cosas tan difíciles! era menester empezar por respetar los trámites. No todos mis lectores habrán sido jefes políticos y, por consiguiente, será necesario que yo les insinúe lo que quiere decir la palabra "trámites". "Trámites" en administración es lo mismo que en el trato común se llama "conveniencias sociales". Es una formalidad que por una parte revela "atención" y por otra suele ser el velo de una serie de astucias pérfidamente tejidas."

Campoamor, como gobernador de Castellón de la Plana, fué un modelo de honradez, pero no de laboriosidad burocrática. Todos aquellos papelotes, tan áridos, tan prosáicos, repugnaban a su exquisita sensibilidad de poeta. Cuéntase que cuando le llevaron el primer expediente para que lo leyera y resolviera, se encaró con el secretario del Gobierno y le dijo: "¿Pero usted crée que me paga el Estado para que pierda el tiempo leyendo esas tonterías que ustedes han escrito para pasarlo?"

También se cuenta de él un rasgo que demuestra el concepto que merecían a Campoamor las instituciones armadas de aquella época y que en ésta le hubiera costado seguramente un serio disgusto. Lo ocurrido fué que en Madrid, Barcelona, Valencia y otras poblaciones estalló una de las muchas algaradas callejeras que se registraron durante el reinado isabelino, y el Gobierno, temeroso de que el movimiento trascendiese al resto de la nación, trans-

mitía a los jefes políticos de las provincias diversas medidas previsoras, al mismo tiempo que les pedía noticias del movimiento. Pues bien, Campoamor contestó al Gobierno con un lacónico despacho concebido en los siguientes términos: "Respondo del orden público en la provincia de mi mando, porque no hay en ella ningún elemento armado." Efectivamente, en Castellón no había guarnición.

Un año estuvo Campoamor desempeñando el gobierno de Castellón, siendo trasladado después al de Alicante por el señor Roca de Togores. Su gestión al frente de la provincia alicantina fué algo más eficaz que la realizada en la provincia castellonense. "Poco a poco—dice el poeta—fuí introduciendo todas cuantas reformas me habían atraído disgustos en mi primer período gubernamental, y sólo con respecto a instrucción primaria, no me atreví a llevar adelante mi sistema socialista de hacerla obligatoria, pues ví pronto que en aquella provincia hay hartas gentes dispuestas a volver por sus fueros, y de seguro muchos padres me hubieran probado que ellos tenían el imprescindible derecho a consentir que sus hijos fueran unos burros."

Siendo Campoamor jefe político de Alicante se declaró el cólera morbo en España. La situación se hizo muy crítica, porque la terrible epidemia se presentaba con caracteres aterradores. "Yo era—cuenta—el que estaba en peor situación de todos, pues en un año había subido la emigración de mi provincia a Argelia a la enorme suma de 2.000 almas. Viendo el Gobierno que del retorno de tantos emigrados

podría resultar la propagación del cólera, que entonces asolaba a las costas de Africa, me mandó muchas órdenes, pero ningún recurso, para que a todo trance procurase evitar la emigración. Entonces, secundado por el celo de algunos alcaldes y corporaciones, disponiendo sólo de los medios ordinarios, y sin faltar a una sola prescripción legal, logramos por espacio de mucho tiempo entretener en obras públicas a más de 2.000 trabajadores diarios, aliviando la miseria de tantos infelices como hubieran sido arrastrados al sepulcro o al destierro."

Campoamor vivía muy a gusto en Alicante. Aunque norteño, no le molestaba mucho el calor, que en la bella ciudad levantina se deja sentir con gran intensidad. Se levantaba temprano, pasaba la mañana en el despacho oficial y, después del almuerzo, tenía la costumbre de dormir la siesta. Esto dió origen a un episodio graciosísimo, que revela el humorismo del inolvidable poeta . Estaba el edificio del Gobierno civil en la entonces llamada calle de Labradores, hoy de Pí y Margall, y muy próximo a la colegiata de San Nicolás de Bari, cuyo cimbalillo tocaba todas las tardes, de tres menos cuarto a tres llamando a coro a los diez canónigos de que el cabildo se componía. El tal cimbalillo, sonando, persistente y monótono, no dejaba a Campoamor dormir a gusto la siesta, y un día que el dean de la Colegiata, señor Penalva, fué al Gobierno civil, el Gobernador se lamentó de la inoportuna campanita. El dean justificó el toque de ésta, diciendo que tenía por objeto despertar a los canónigos e impedir que si-

guieran durmiendo y dejasen de asistir al coro, y Campoamor, ante tales explicaciones, exclamó: "Pues mire usted, mis empleados entran a las diez de la mañana en las oficinas y yo no mando tocar ninguna campana para que se despierten, de manera que lo mismo debe usted hacer con los canónigos."

Conoció Campoamor en Alicante a una hermosa señorita, de familia irlandesa, de quien se enamoró fervorosamente y con quien contrajo matrimonio. Este acontecimiento había de ser decisivo para su vida, pues contando la esposa con algunas fincas en la provincia de Alicante y otros bienes de fortuna, pudo nuestro poeta prescindir en lo sucesivo de ciertos cargos y remuneraciones oficiales que le robaban el tiempo necesario para el libre cultivo de sus aficiones literarias. "El lector perdonará—dice él mismo—si no puedo nombrar a Alicante sin emoción. Allí me casé con mi querida esposa, doña Guillermina O'Gorman, una gracia que vale por las tres: la reunión de "Aglaya, Talía y Eufrosina"; el pudor, la alegría y la hermosura juntos, o como dice elegantemente Séneca: "la que da el beneficio, la que lo recibe y la que lo devuelve." (1)

(1) He aquí el acta literal del matrimonio:

"En la ciudad de Alicante, provincia de Id. Yo, el licenciado D. Pedro Regalado de Tío, Presbítero y Secretario de Cámara y Gobierno del Ilmo. y Rvdo. Sr. D. Félix Herrero Valverde, Dignísimo Obispo de esta Diósesis de Orihuela, etc. con licencia expresa del mismo Ilm. Sr., precedidas las Diligencias del caso y con dispensa de las tres canónicas Moniciones, y en el distrito de la parroquial de San Juan, Desposé por palabras de presente, que hacen verda-

Después de la de Alicante, gobernó Campoamor la provincia de Valencia, que entonces tenía ya mucha importancia, por la serie de algaradas y pronunciamientos que se registraban en ella. Véase como procedió el poeta en una de aquellas frecuentes sublevaciones. El mismo nos lo refiere: "Apenas supe que las demás autoridades que mandaban la fuerza pública habían creído conveniente transigir con la insurrección, poniéndose a su frente, me dispuse a quemar mi último cartucho, sentándome a la mesa, para que mi postrer momento oficial fuese un brindis por los que de vencedores iban a pasar a ser

---

dero y legítimo matrimonio, al Señor Don Ramón de Campoamor y Campo Osorio, soltero, natural de la Villa de Navia, concejo del mismo nombre, provincia de Asturias, Jefe Superior Político de ésta, de Alicante, e hijo legítimo de D. Miguel y Doña Manuela, cónyuges, con doña Guillermina Gorman y Vázques, soltera, natural de esta dicha de Alicante y feligresa de la insigne Colegial de la misma, hija legítima de D. Guillermo, natural de Lisnirik, en Irlanda, y doña María Antonia, su mujer, natural de Algeciras, ya difunta.—Fueron padrinos los S. S. D. Manuel Albear y Vázques y doña Rafaela Gorman, y testigos D. Francisco Sarmiento y D. Benito Guillón, vecinos de ésta. Tenían los requisitos de consentimiento y demás prevenidos en Rs. órdenes. Quedaron advertidos de oir misa Nupcial en tiempo hábil. Y por ser su verdad firmo la presente en Alicante a diez de Marzo, en que he verificado el desposorio, del año corriente de mil ochocientos cuarenta y nueve.—Lic. D. Pedro Regalado de Tío.—El día veintitrés de abril del corriente año y en el sitio arriba dicho, Hermita titulada ABRIL, dí las bendiciones nupciales y celebré la Misa, a los Srs. D. Ramón Campoamor y Doña Guillermina Gorman que se expresa en la anterior partida y todo con la licencia expresa del R. Obispo, mi Sr., de esta Diócesis.—Lic. D. Pedro Regalado de Tío."

vencidos. Así como los actores cuando van a morir en el teatro procuran arreglarse el manto para caer con dignidad, así yo quise que en mis tristes postrimerías gubernamentales el populacho me encontrase alegre. Y digo mis postrimerías, porque confieso francamente que, al oir bramar por las calles los primeros oleajes de la tempestad revolucionaria, recordé que once años antes habían sido profanadas aquellas mismas calles por la sangre de mi infortunado antecesor el señor Camacho."

La multitud, dirigida y arengada en lemosín por Camprodón—el poeta autor de "Flor de un día, Marina, El dominó azul" y tantas obras no por aplaudidas menos desdichadas—rompió las puertas del Gobierno civil y llegó a las habitaciones particulares del Gobernador, que se consideró totalmente perdido. "Al verme frente a frente de la muchedumbre, a la cual sin amarla he hecho y seguiré siempre haciendo todo el bien posible, me sentí muy humillado, si bien de esta humillación me indemnizaron ámpliamente, con su respeto y sus vítores, un gentío que ni siquiera sabía que existiese más que por el censo oficial de la población. Debe haber en nuestra naturaleza algo de esencialmente rebelde, porque a pesar de la gratitud que debo al pueblo de Valencia, jamás me acuerdo sin rubor de haberme visto inerme y a merced de una muchedumbre insurreccionada, en cuyos semblantes veía yo una sonrisa protectora, que agradezco mucho, pero que me mortificaba algo, si bien era tan expresiva como la de un hermano y tan benévola como la de un rey.

Aquella tropa de jardineros que ve sucederse las generaciones de flores sin que entre ellas haya solución de continuidad, me trataron con la galantería propia de quien tiene por costumbre regalar ramilletes. Los que iban armados nos hacían una guardia de honor. Los demás nos vitoreaban por las calles. De este modo, mientras que los que transigieron con la revolución tuvieron que abandonar sus puestos, yo, que la combatí hasta el último instante, aclamado por la multitud, atravesé en triunfo las morunas encrucijadas de la ciudad del Cid."

Al dejar el gobierno de Valencia, dirigió Campoamor "El Estado" y empezó su dilatada, ya que no gloriosa carrera parlamentaria, que se inició cambiando de ideas y afiliándose al partido moderado y terminó siendo uno de los "húsares" de Romero Robledo. Fué varias veces diputado a Cortes por diferentes distritos, incluso "por... Romero Robledo", como él decía, y senador del Reino. También fué, en 1855, oficial primero de la Secretaría del Ministerio de Hacienda.

Al triunfar la Revolución de Septiembre, se alejó de la política, permaneciendo fiel a la monarquía derrumbada. Campoamor, con su esposa, y el conde Morfi fué el primero que visitó a Isabel II en su destierro de Pau.

Hecha la Restauración y elevado al trono el rey don Alfonso XII, Campoamor, en pago de sus leales servicios, fué nombrado director general de Beneficencia y Sanidad, y más tarde Consejero de Estado.

Tal fué la "carrera" política del gran poeta. Otros con menos méritos, menos aptitudes y, sobre todo, menos honradez, la han hecho más brillante. Pero, ¿quién le mandaba a él meterse en esos golondrones?

V

CAMPOAMOR, ORADOR

NO LE GUSTA LA ORATORIA. — "PALABRAS, PALABRAS, PALABRAS". — EL BELLO ARTE DE DECIR. — CAMPOAMOR DEFIENDE LA LIBERTAD DE IMPRENTA. — LOS MENSAJES DE CONTESTACION A LA CORONA. — "¡ADIOS, LEALES!". — COSAS DEL FISCAL DE IMPRENTA.

Siempre fué Campoamor enemigo de la oratoria. Le parecía una cosa inconsistente, pasajera y circunstancial. Para él quien mejor hablaba no era ciertamente quien más razón tenía, sino quien tenía más audacia, más desparpajo, más habilidad. "El arqueólogo más voraz—afirmaba en el Prólogo de la "Historia crítica de las Cortes reformadoras"—no podrá, dentro de algunos años, leer un solo Diario de las Sesiones de Cortes, pues al ver tantas fórmulas

repetidas, tantas ideas triviales copiadas y recopiadas, o será un estúpido incapaz de aprovecharse de su lectura, o no podrá menos de arrojar el libro, exclamando con Hamlet: ¡Palabras, palabras, palabras...! Porque, seamos claros: los mejores oradores son buenos para escuchados, pero insoportables para leídos; un discurso entero de Demóstenes, de Cicerón o de Mirabeau, es capaz de hacer dormir al más paciente aprendiz parlamentario. Hoy sólo se conoce a estas lumbreras de la elocuencia por algunas expresiones felices que, por encerrar un pensamiento cierto, se ha elevado a la categoría de máximas...La vida de los grandes oradores se parece a la de los reyes de su época: todo el mundo habla de ellos mientras viven; pero en muriendo, no dejan más que un nombre que suena en el mundo como el eco de una voz lejana."

A pesar de esta opinión, tan poco lisonjera para los oradores, Campoamor fué orador, y un buen orador, además. "Sus discursos — dice el malogrado Andrés González Blanco—tienen una agudeza de réplica, una precisión de alusiones, una brillantez de paradojas que deslumbran y emocionan al más frío. Nunca, lo mismo en sus discursos que en sus polémicas, es injusto ni se ceba en el adversario, y es inexacto que el señor Campoamor, como Castelar dice, al defender su partido, no razona, "declama": no contesta, "insulta". "Yo no volveré declamación ni "insulto por insulto." Así dice el pontífice de la elocuencia española. Al atacar a sus enemigos políticos no lo hace con el encarnizamiento del que to-

ma estas cosas en serio; lo hace con la sonriente ironía del que mira tales cosas flaneando y del que sólo como artista aborda estos asuntos. Lo que le sublevaba sobre todo, como a cualquier buen artista, era el olvido, practicado por la mayoría de sus colegas, de las reglas más elocuentes de la belleza, de la lógica y del sentido común en que incurren aún hoy muchos parlamentarios." (1)

Efectivamente, Campoamor fué siempre correcto, siempre artista, siempre poeta, en los pocos discursos que pronunció; sin que esto quiera decir que al preocuparse de la línea, buscase la frase oratoria, con perjuicio de la oración. Así, por ejemplo, en el segundo discurso que pronunció como diputado, el día 4 de julio de 1857, al discutirse la reforma de la ley de Imprenta presentada por Nocedal, (2) dijo estas palabras, dignas del más elocuente tribuno y del más exaltado liberal: "Yo, el primero de los ministeriales, yo, que soy uno de los hombres más consecuentes del partido moderado, en el cual políticamente he nacido y en el cual políticamente moriré, yo, que no pertenezco a esa casta de políticos que son el verdadero retrato de aquéllos pecadores de quien decía Clemente XIV que "pasaban la vida pecando y arrepintiéndose". (3) yo tengo que dar al-

---

(1) "Campoamor". biografía y estudio crítico (págs. 217 y 218)

(2) El primero lo pronunció en la sesión del 26 de Mayo, al discutirse el Mensaje de contestación a la Corona.

(3) Andando el tiempo. Campoamor aprovechó esta misma fra-

gunas explicaciones, tengo que dar la razón de por qué me lavo las manos en el acto del sacrificio de la primera de las libertades públicas. Lo digo sinceramente: a mí se me sube la sangre al rostro y siento una fiebre involuntaria cada vez que oigo a nuestros comunes enemigos lanzarnos la acusación de que el partido moderado es un partido de una índole tan cobarde, de una rectitud tan equívoca y de una inteligencia tan exígua que sólo puede mandar con una libertad de imprenta restringida, meticulosa y casi opresora. Y como ya he tenido el honor de anunciar otra vez, quiero lanzar un reto científico, una provocación moral contra todas las escuelas exageradas, para probarles que la libertad de imprenta, en vez de ser patrimonio suyo, ha sido siempre la corona de triunfo de las ideas conservadoras. Yo quiero probar a nuestros enemigos que el partido moderado es un partido de una índole tan arrogante, de una rectitud tan insuperable y de una inteligencia tan vasta, que siempre ha podido, puede, y, siempre que quiera, podrá gobernar con una libertad de imprenta expansiva, racionalista, casi ilimitada."

Y más adelante, en un párrafo lleno de fuerza oratoria y de sinceridad, decía: "¿No es cierto que esta ley contraría de una manera radical, de una mane-

---

se para hacer uno de sus cantares más conocidos:

Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta a empezar".

ra absoluta, todas las tendencias, todas las aspiraciones de nuestra época de publicidad? De la publicidad, señores, que, por más que se diga otra cosa, siempre será la palanca de la libertad, siempre será la espada de la justicia, siempre será la antorcha de la virtud y de la moral; de la publicidad, y perdóneme mi amigo el señor Canga-Argüelles, representante de otras ideas, que acabó con aquellas épocas del secreto que era la base de todas las tiranías, que era la salvaguardia de toda concusión, que era el hecho ocasional, la causa fundamental, y, si no fuera por despertar la hilaridad del Congreso, diría que el secreto era la fosforita productora de todos los vicios."

Cualquiera diría que Campoamor fué el orador encargado de impugnar los Mensajes de contestación a la Corona. Con una impugnación de esas empezó su vida parlamentaria y con otra, que sepamos, terminó. Al discutirse el Mensaje de las Cortes de 1865 y ocupándose del proyecto de abandonar la isla de Santo Domingo, tan fiel, tan leal a España, pronunció estas nobilísimas palabras: "Dice el señor Ministro de la Gobernación que las madres lloran por sus hijos. Pues figúrese Su Señoría que es espectador de la siguiente escena: se van a marchar los últimos españoles, se quedan en la playa las madres de los infelices dominicanos, a quienes vamos a abandonar para que los asesinen, después de habernos prometido lealtad, y que dicen los españoles al marchar: "¡Adiós, leales...!", y que contestan las madres de los dominicanos: "Adiós..."

¿Qué? ¿Qué nos dirán? Ponga S. S. la palabra. Pues esa palabra que S. S. no debe poner, o, por mejor decir, que sabe, pero que no quiere ponerla, es el signo de estigmatización que va a caer sobre la hidalguía española... ("Muchos señores diputados de la izquierda: Bien, bien.") ("Muchos señores diputados de la derecha: Mal, mal"). ("Profunda agitación"). "El señor Presidente": Al orden, señores, al orden. Siga S. S., señor Campoamor. "El señor Campoamor": Esa palabra está estereotipada en la mente de los señores ministros y de todos los señores diputados, y creo que para nuestra memoria se repetirá en la posterioridad y por todos los siglos de los siglos, mientras quede un resto de pundonor en la tierra." (1)

Y como si quisiera concluir por donde empezó, Campoamor en su discurso en contra del Mensaje de contestación a la Corona, pronunciado en la sesión del 26 de mayo de 1897 y atacando, con frase contundente, el proyecto de ley de Imprenta que presentaba el Gobierno del señor Cánovas; dijo así: "¿Cómo querrá creer el Congreso que ha sido recogido un periódico más de una, más de dos y más de tres veces, porque en él se había llamado al señor ministro de la Gobernación el "ministro simpático"? Pidiendo explicaciones al fiscal de imprenta, decía que allí se cometía la figura que en retórica llamamos "ironía". No se le ha podido llamar ministro "respetable", porque decía el fiscal que esto

(1) Sesión de 17 de febrero de 1865.

era un epígrama. Los escritores públicos, señores, hoy están imposibilitados de hacer uso de las tres cuartas partes del "Diccionario de la lengua".

VI

CAMPOAMOR, PERIODISTA

EL PAGO DE UNA SEMBLANZA. — UN ARTICULO DE "LA EPOCA". — EL DUELO CON TOPETE. — CAMPOAMOR PUDO EVITAR LA REVOLUCION. — UNA ACUSACION DE NAKENS Y UNA DEFENSA DE FERNANDEZ BREMON. — CAMPOAMOR, CORRESPONSAL.

Cualquiera que oyese a Campoamor defender con tanto brío y con tal entusiasmo a la Prensa, creería que se trataba de un profesional de ésta que, en definitiva, cumplía con el instintivo de romper una lanza en favor de los propios garbanzos. Nada de eso. Campoamor, si fué periodista, y periodista de profesión, lo fué sólo de una manera circunstancial y transitoria, por la sencillísima razón de que no necesitó del periodismo para vivir. Unicamente, en los días azarosos de su juventud, cuando reducido a una

mezquina pensión familiar y sin medios para "colocarse", hubiera aceptado cualquier empleo lícito que le permitiera mejorar su vida, aceptó una plaza de redactor en "El Español", de igual manera que aceptó otra de auxiliar en el Consejo Real. "El Español" lo dirigía su fundador don Andrés Borrego y allí tuvo Campoamor de compañeros a Joaquín Francisco Pacheco, Navarro Villoslada y a Antonio Hurtado, entre otros.

Después, al regresar de Alicante, donde su boda con la señorita O'Gorman le deparó una posición cómoda y lisonjera, dirigió, por breve tiempo, "El Estado", y, cuando, afiliado resueltamente al partido moderado, se creyó en la obligación de defender a éste con su pluma, colaboró en "La Epoca", distinguiéndose como polemista y como escritor de gran acometividad, lo que le costó no pocos disgustos, alguno de los cuales, como su duelo con Topete, pudo tener gravísimas consecuencias.

Este desafío es uno de los episodios más interesantes de la vida del gran poeta. Don Ildefonso Bermejo lo refiere con toda clase de detalles en la Introducción a la sexta carta de la obra titulada "La Estafeta de Palacio", dedicada al entonces príncipe desterrado, don Alfonso XII. "De cosas leves y diminutas surgen los más grandes sucesos que registran las historias del mundo. Sin un Hidalgo, me dicen, no habría habido enojo en la artillería, y sin enojo de la artillería, no habríamos tenido renuncia real, y sin renuncia real, no hubiese venido la República. Pero la Providencia se vale de cosas peque-

ñas para producir cosas grandes. Opinando de este modo, yo podría decir: sin Topete, no habríamos tenido insurrección marinera; sin insurrección marinera, no tendríamos revolución de Septiembre, y sin revolución de Septiembre, no tendríamos República; conque Topete fué el agente providencial para tantos desaguisados. Pues voy a deciros una cosa, señor: La Providencia quiso que existiese Topete, y para ello no aportó en un momento dado toda la fuerza necesaria a la mano de un eminente poeta, muy amigo mío, que se llama Campoamor. Si hubiese tenido tanto empuje en la diestra mano para blandir el sable como tuvo entendimiento para escribir doloras, Topete no existiría, y siguiendo aquel silogismo, no habría venido la revolución de Septiembre. Habré picado la curiosidad de V. A. con estas indicaciones. Pues escuchad el caso, que no está fuera de modo, porque es también hijuela natural de la presente historia. Nos anticiparemos a los sucesos para narrar el caso, que es por demás entretenido y curioso. Era Presidente del Consejo de Ministros el General O'Donnell y nombró para la cartera de Marina al reputado hombre público don Augusto Ulloa, al cual juzgó el duque de Tetuán con las suficientes aptitudes para este cargo, porque, por espacio de muchos años, había desempeñado la Dirección general de Ultramar. Sentó mal este nombramiento el cuerpo de Marina, y renunciaron todos los que tenían cargos facultativos en el Ministerio y el Almirantazgo, a guisa de protesta contra aquel nombramiento, porque decían que el señor Ulloa no

pertenecía al cuerpo de la Armada. El ataque, más que a don Augusto Ulloa, era al Ministerio; pero de esto hablaré cuando llegue al sitio en que de esas intrigas deba tratar. De todas maneras, el mal era gravísimo y la queja injusta. El mal lo encuentro yo en que se relajaba la disciplina de un cuerpo hasta entonces tan pundonoroso y considerado, y en el desprecio al principio de autoridad, que, andando el tiempo, había de producir males mayores. Y era la queja injusta, porque el pretexto que habían escogido para ella los marinos carecía de razón histórica, porque si paisano era Ulloa, paisano había sido también el marqués de Molins, y conocidos y patentes están los aciertos de este hombre en aquel delicado departamento. Es el caso que el asunto se debatió largamente en la Prensa, ora en pro, ora en contra del señor Ulloa, y uno de los que de este asunto se ocupó fué el poeta Campoamor, que, con su aticismo habitual, combatió en el periódico "La Epoca" la decisión de los mareantes dimisionarios. Presentó el poeta sus argumentos con más donaire que austeridad, de manera que dolieron a los marinos los conceptos del articulista, y creyeron que había ofensa donde sólo hubo intención de sonreir sin lastimar. Pero queriendo Campoamor demostrar que su exclusivo propósito había sido buscar forma para que los dimisionarios desistieran de su empeño, escribió otro artículo firmado que apareció sentado en el mismo papel. Pero el entonces capitán don Juan Bautista Topete, aconsejado por don Luís González Bravo, insertó en "El Contemporáneo" un comuni-

cado muy destemplado contra Campoamor, el cual pidió con justicia que, después de las explicaciones que había dado en su segundo artículo, se retirase públicamente el comunicado, a lo cual se negó el señor Topete, de lo que resultó un duelo. Estipulóse por terceras personas y se decidió que sería a sable en mano, y se efectuó en Vista-Alegre, quinta del marqués de Salamanca, y sin más testigos que los Generales de Marina señores Prat y Quesada, padrinos del señor Topete, y el General Reina y el barón de Villa-Atardi, padrinos del poeta, el médico don José Serra y uno de los guardas de la posesión, que presenciaba el moderno juicio de Dios a cierta distancia. Creyó el célebre mareante habérselas con un aprendiz en el manejo del arma, y hecho el saludo, comenzó a amagar distintos golpes, formando a la vez molinetes a fín de deslumbrar al cantor de las "Doloras"; pero el poeta, más sereno o más cauteloso, no descompuso su guardia; esperó el primer golpe verdadero, lo paró, y ligero como la saeta, levantó y dejó caer el acero sobre la cabeza de Topete, haciéndole una herida que, si no fué grave, fué bastante profunda, en todo lo largo de la frente. Cegado Topete por la sangre que derramaba la herida, no pudo continuarse el combate y cesó la refriega. La cuestión personal quedó de este modo bárbaro arreglada, pero la cuestión política tuvo las consecuencias que el escritor había querido evitar, porque el Ministerio presentó la dimisión, que le fué aceptada. Y ved, señor, cómo ruedan los sucesos y cómo la mano de la Providencia se manifiesta en todo. Aquel mismo don

Luís González Bravo, que aconsejó a Topete la inserción del comunicado que trajo el duelo, y que atizaba el fuego de la discordia desde las columnas de "El Contemporáneo", fué más adelante, como Presidente del Consejo de Ministros, víctima de la insurrección yendo a morir en la expatriación con la amarga pena promovida por el mismo Topete en la bahía de Cadiz, de haber visto desaparecer entre sus manos el trono de vuestra augusta madre. Como asentí más arriba, las grandes catástrofes, los acontecimientos más terribles de la historia penden casi siempre de los hechos más sencillos de nuestra vida. Si la mano del poeta, al tender el sable que debía herir a Topete, hubiese avanzado lo necesario para que el sable penetrase algunas líneas más en la frente, la insurrección de Cádiz habría carecido de este importante campeón. Sin el auxilio de la Marina, iniciada la revolución, habría quedado encerrada, como tantas otras, en los angostos límites de un motín."

También tuvo Campoamor una cuestión personal, aunque no de tan graves consecuencias, con Nakens, en 1876. El viejo y batallador periodista republicano lanzó desde las columnas de "El Globo" la noticia de que Campoamor se había permitido intercalar en sus versos algunos pensamientos de Victor Hugo. El ataque fué duro y violento. "No podía ser de otro modo —dice el propio Nakens, en carta dirigida al propio Campoamor en 8 de septiembre de 1894—. Aparte de que los pequeños somos implacables, ¡usted monárquico, yo republicano! ¡usted famoso, yo desconocido! ¡usted un gran poeta, yo un gran don Nadie!

¡Cualquiera resistía a la tentación! No resistí, y cada día me alegro más. Sin esto, quizás nadie me conocería aún. Tiempos de odios terribles eran aquellos. La República muerta, el trono restaurado por un golpe de mano, las conquistas revolucionarias perdidas, la prensa amordazada, todo lo derribado irguiéndose, por tierra todo lo edificado, y, por lo que a mí tocaba, vivos deseos de adquirir un nombre para luchar por lo caído..."

Efectivamente, el nombre de don José Nakens era entonces desconocido. Tanto que muchas personas, creyéndolo un pseudónimo, achacaron la paternidad del artículo a Núñez de Arce, a Valera, a Fernández de los Ríos y a otros escritores de reconocida importancia. Esto demuestra que el artículo de Nakens produjo gran sensación.

Como siempre ocurre, los literatos de menor cuantía se refocilaron en el suceso. Al fín y al cabo, la noticia era cierta, y lo que resultaba perfectamente lícito para un poeta chirle, siempre es motivo de censura para un poeta como Campoamor. Sólo un cronista, Fernández Bremón, salió en defensa del autor de las "Doloras", también desde las columnas de "El Globo", en el artículo titulado "Carta a una dama", que era la baronesa de Cortes, y en las letras María de la Peña.

Campoamor—como observa muy bien Fernández Bremón—salió de la prueba con más fama, porque a la larga, el ataque sirve más para ella que el elogio.

Desde 1880 a 1892, fué Campoamor corresponsal de "La Epoca", de Santiago de Chile, periódico

al que envió numerosos artículos reflejando el estado social, literario, artístico y político de España durante aquel tiempo, y en los últimos años de su vida fué colaborador de "La Ilustración Española y Americana","La España Moderna" y "Blanco y Negro".

VII

CAMPOAMOR, DUELISTA

EL PRIMER DESAFIO. — CAMPOAMOR NO QUIERE SEGUIR DISPARANDO. — UN ARBITRAJE DE GARCIA GUTIERREZ. — EL ABRAZO A TOPETE. — LAS TERRIBLES ARMAS DE DUELO.

Después de referido en el capítulo anterior el duelo que nuestro poeta sostuvo con Topete y del que el héroe del Callao salió tan mal librado y aún estuvo expuesto a salir sin vida, a nadie causará asombro que dediquemos este capítulo a "Campoamor, duelista."

Lo que sí asombrará a quien no las conozca es las condiciones en que Campoamor, hombre apacible y enemigo de camorras, tuvo que resignarse a acudir a las armas para solventar de modo tan ineficaz y poco convincente las divergencias políticas o las

discusiones particulares sostenidas con sus amigos.

El ilustre marino y escritor don Pedro de Novo y Colson refiere en su recientísimo y admirable libro "Miscelánea" dos desafíos a cual más interesante, del célebre autor de "El tren expreso".

"El primer lance que tuvo—dice—fué con el senador don José Polo. Lo originó un suelto burlesco que el poeta eminente publicó en el "Heraldo" cuando se hallaba de jefe político en Castellón de la Plana.

Polo juró vengarse, y apenas Campoamor cesó en dicho cargo, le envió los padrinos.

El duelo se verificó en Valencia.

Las condiciones estipuladas fueron: a la pistola, apuntando y disparando hasta que cayese uno de los dos.

Llegados al terreno y sorteados, le tocó a Polo disparar el primero.

Hízolo así y la bala levantó tierra, que salpicó el rostro de Campoamor.

Inmediatamente éste apuntó a su adversario; pero, arrepentido, levantó el brazo y disparó al aire.

—Ahora vuelve usted a tirar—le dijo con sencillez a Polo.

—¿Cómo quiere usted que lo haga?—contestó sorprendido—. Usted es el que debe repetir, pero apuntándome.

—¡Eso, no; yo no tiro más!

Los padrinos Dupoy y Castillo intervinieron con

opiniones diversas y el poeta interrumpió diciéndoles:

—No se cansen ustedes; no tiro más, porque reconozco que mi contrario tiene razón. Yo he ofendido a Polo y lo siento; por consiguiente, esto se ha acabado y seremos amigos.

"Palabras textuales".

"El segundo lance del poeta —añade el señor Novo y Colson—fué más original".

Este y un amigo conocido suyo se habían agraviado a consecuencia de una discusión.

Nombráronse padrinos, concertóse el duelo y cuando todo quedó estipulado para la mañana siguiente, recibió Campoamor una carta de su antagonista pidiéndole que aquella misma noche le aguardara en el café Suizo.

Aquel acudió y lo halló sentado cerca de una mesa.

—Señor mío,—le dijo a Campoamor—¿usted desea batirse a todo trance, tenga razón o no la tenga?

—Me bato porque tengo razón.

—¿Y si no la tuviera?

—Entonces... ¡Pero la razón es mía!

—Eso no lo sabe usted, sino un extraño a quien usted mismo le cuente lo ocurrido y le pida su parecer leal.

—¿Pero ese extraño...?

—Será el que usted elija.

—Bueno: ¿y qué haremos?—replicó con candidez.

—Convenir en que el ofensor injusto dé satisfacciones al ofendido. ¿No es esto la más razonable?

—Razonable, sí...; pero, ¿a quién elijo?

Campoamor paseó una mirada por el café y distinguió en medio del grupo al poeta García Gutiérrez.

—Ya tengo mi hombre—repuso alegremente—. Vamos a contarle nuestra tragedia.

Acercáronse ambos al autor de "Venganza catalana" y le llamaron aparte.

—Escucha Antonio. Este caballero y yo hemos resuelto hacerte árbitro...

Y le contó con exactitud el origen, marcha y desenlace de la cuestión surgida.

García Gutiérrez escuchólo atentamente y al terminar le dijo a Campoamor:

—Chico, no tienes razón ninguna.

—¿Qué no?

—Absolutamente. Toda le corresponde a este caballero.

—¿Se convence usted?—exclamó el aludido—. Pues ahora no quiero que me dé usted satisfacciones.

—Pero... —contestó el poeta sonriendo—¡tomará usted conmigo una taza de café!"

Campoamor era, pues, dentro de su condición de caballero y de hombre de honor, una persona razonable que no se obstinaba en confiar a la pistola o a la espada la decisión de una polémica. Cuando le hacían comprender su error, lo reconocía noblemente y noblemente pedía al adversario que le perdonase. Es

más, si en su mano hubiese estado, nunca, quizá, habría llegado a batirse. El duelo con Topete le causó enorme pesadumbre. Fué al terreno lleno de amargura y de dolor, y preocupado, más que de su propia suerte, por la de su adversario. Cuando vió al glorioso marino con la cara cubierta de sangre, inmediatamente se acercó a él y sin pronunciar una sola palabra y saltándosele las lágrimas le abrazó con el mayor cariño. En aquel silencio y en aquellas lágrimas iba envuelta la reconciliación y reanudada una estrecha amistad que no volvió a entibiarse nunca.

Es necesario advertir ahora que Campoamor manejaba las armas de combate como un consumado maestro y que, además tenía un temple de espíritu a prueba de toda serenidad.

Muchos años después del duelo Topete-Campoamor, Moreno Benítez, que fué quien prestó los sables para el encuentro y que estaban afilados como navajas de afeitar, enseñó éstos al poeta, diciéndole:

—Con esos sables deseaba yo que Topete te hubiese matado.

Y Campoamor repuso, sonriendo y con su humorismo habitual:

—Todavía no ha nacido el majo que me mate en un desafío...

Otro en las condiciones de Campoamor, hubiera sido un pendenciero y un espadachín. Campoamor se limitó, sencillamente, a ser un hombre de honor.

VIII

CAMPOAMOR, ACADEMICO

UNA VACANTE Y UNA PROPUESTA. — A MARTINEZ DE LA ROSA SIGUE DISGUSTANDOLE LA PALABRA "DOLORAS" —LAS SIESTAS DE CAMPOAMOR. — EL DISCURSO NECROLOGICO DE GONZALEZ BRAVO.

El día 3 de octubre de 1861, fué Campoamor elegido, por mayoría de votos, académico de la Lengua, en la vacante producida por fallecimiento de don José del Castillo y Ayensa, Senador del Reino, Consejero Real, diplomático, traductor de Anacreonte, Safo y Tirteo y autor de una "Historia de las negociaciones con Roma desde la muerte del rey don Fernando VII". Dirigía a la sazón la Academia don Francisco Martínez de la Rosa y de ella formaban parte, entre otros ilustres escritores, el conde de Cheste, el de Guendulain, Escosura, Mesonero Romanos, Olivan, Hartzen-

busch, Caveda, Fernández-Guerra, Tamayo y Baus, Nocedal, el marqués de Molins, Leopoldo Augusto de Cueto y Rodríguez Rubí. Estos tres últimos fueron los firmantes de la propuesta.

No todos los académicos estaban conformes con admitir en el seno de la docta Corporación a un poeta tan señalado por sus ideas renovadoras. Entre algunos de aquellos seguía imperando el tradicionalismo poético y no veían con buenos ojos al escritor que había sabido emanciparse de los moldes arcáicos. Pero Campoamor llevaba ya escritas por entonces doce obras, entre prosa y verso, y no era cosa de desdeñar un bagaje literario tan importante como el que aportaba, en clase de méritos, el ilustre autor de "La filosofía de las leyes". No hubo, pues, más remedio que admitirle, y Campoamor leyó el día 9 de marzo del año siguiente, su discurso de entrada, que versó acerca de este tema: "La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje". La tesis no era muy a propósito para un poeta, pero Campoamor se había ya hecho notar como filósofo en la mencionada obra "La filosofía de las leyes" y en "El personalismo", a nadie extrañó el discurso. Este fué contestado por don Mariano Roca de Togores, marqués de Molins, que se ocupó extensamente de la obra poética de Campoamor, con especialidad de las "Doloras".

Ya hemos visto cómo sentó el neologismo a Martínez de la Rosa y los entorpecimientos que el ilustre político de Fernando VII opuso para impedir que Campoamor tomara posesión de su plaza de académico. Sin embargo, necesario es convenir en que lo del

neologismo fué un pretexto del autor de "La Conjuración de Venecia" para vengarse del autor de "Ayes del alma", por la poca piadosa semblanza que éste hizo de aquél en la "Historia crítica de las Cortes reformadoras de 1837".

Muerto Martínez de la Rosa en 1864, pudo Campoamor ocupar libremente su poltrona de la ilustre corporación fundada por Felipe V, y aunque no tomó muy a pecho el cargo de académico, trabajó, no obstante, con alguna asiduidad en las minucias propias de él y, lo que es más importante, laboró por que, en lo sucesivo, se hiciera verdadera justicia a los méritos literarios y no al favor político, para cubrir las vacantes con personas perfectamente capacitadas. El primero que Campoamor consiguió que entrara fué don Juan Valera, al que siguieron, también por mediación suya, García Gutiérrez, Ayala, Selgas, Núñez de Arce, Alarcón, Zorrilla y Castelar, este último sobre todo, ya que siendo acérrimo enemigo político era uno de sus mejores y más íntimos amigos particulares.

Pero repetimos que Campoamor nunca se tomó un gran interés por cumplir sus sagrados deberes de académico. Procuraba salir del paso, y nada más. A este propósito, refiere Andrés González Blanco, en su citada obra "Campoamor, biografía y estudio crítico", (1) dos anécdotas a cual más interesante y que revelan el carácter comodón y la placidez, "un poco levantina", del poeta. "En una sesión de la Academia

(1- Página 193.

Española—dice—, habiéndole preguntado el Presidente que si no aportaba las papeletas de Diccionario, cuya elaboración es obligatoria para los individuos de número, Campoamor le contestó con su desenfado habitual: "¿Tengo yo la cara de traer papeletas?"

"El poeta—añade González Blanco—era un gran dormilón. En otra ocasión, sucedióle que el Presidente le despertó, instándole a que diese su papeleta al menos, a lo que el poeta contestó, volviendo a dormirse: "¡Estos quieren que yo lo haga todo!"

Campoamor era así por temperamento, por organización artística y fisiológica. "El mejor retrato mío —dice—sería el siguiente: Leyó por entretenerse, escribió para divertirse, rió haciendo al prójimo todo el bien que pudo y se moriría con gusto por olvidar el mal que muchos prójimos le hicieron." (1)

Nunca pudo el gran poeta desligarse de su condición zumbona, y su humorismo, que en todo momento se manifestaba, no podía faltar dentro de la Academia. Encargado por ésta, a raiz del fallecimiento de don Luís González Bravo, de escribir la necrología del último ministro de Isabel II, y reunidos los académicos para oir la lectura del discurso, levantóse Campoamor y en medio de la estupefacción general leyó una magnífica poesía en tercetos, que, aparte del juicio político, retrataba admirablemente al famoso político. La Academia, no obstante su estupor, aprobó unánime y complacida el "discurso."

(1) "Poética", págs. 131 y 132.

Tal fué Campoamor como académico. De los individuos de número que forman actualmente la Corporación, solamente se sentaron con el poeta los señores conde de la Viñaza, Sellés y Cotarelo.

IX

CAMPOAMOR, DRAMATURGO

LOS PRIMEROS ENSAYOS. — DE FRACASO EN FRACASO. — CAMPOAMOR SE OBSTINA EN SER DRAMATURGO. — UNA CARACTERIZACION DE MARIANO FERNANDEZ. — EL DESENGAÑO Y LA RENUNCIA.

Como casi todos los poetas líricos españoles, Campoamor intentó el teatro. Y como muchos de esos poetas—Núñez de Arce, entre ellos—fracasó ruidosamente, sin que de nada sirva que en las ediciones de las diferentes obras dramáticas del glorioso autor de "El tren rápido", se ponga la consabida y manoseada frase: "Estrenada con gran éxito, etc. etc..." Campoamor nunca estrenó con éxito, aunque, ciertamente, algunas veces mereció obtenerlo.

Los tres primeros ensayos dramáticos de Campoamor, escritos en su juventud, fueron "Una mujer

generosa", comedia en dos actos, (Madrid 1838), "La fuerza del querer", comedia, también, en tres actos (1840) y "El hijo de todos", comedia, asímismo, en dos actos (1841). De las tres, sólo la última llegó a representarse y, dicho sea en honor de la verdad, no merece la pena de que en ella fijemos nuestra atención.

La primera obra escénica de alguna importancia que escribió Campoamor fué "Guerra a la guerra", estrenada en el Teatro Español el 3 de noviembre de 1870, "con gran éxito", naturalmente. Era a raiz de la guerra Franco-prusiana y el dramaturgo presentaba a un soldado francés y a otro alemán, heridos ambos, —cojo aquél y manco éste— echando pestes de las contiendas internacionales. Representaron los papeles, respectivamente, los actores Catalina y Oltra. La obra no gustó.

Meses más tarde, el día 13 de abril de 1871, estrenó Campoamor, también en el Español, la comedia "dieciochesca", "El Palacio de la Verdad", interpretada por la señora Cairón y la señorita Martínez y los señores Valero y Casañer. Tampoco agradó al público.

Campoamor no se arredró ante estos fracasos y dos años después entregó en el Circo una nueva comedia, con ribetes líricos, titulada "Cuerdos y locos", que se estrenó el día 1 de marzo de 1873, estando encargados de representarla los mejores artistas dramáticos de aquella época: Matilde Díez, Gertrudis Castro, Manuel Catalina, Mariano Fernández, Florencio Romea, Juan Casañer, Rafael Calvo, Julián Romea y Cipriano Martínez. La música de los coros la

escribió el director de la orquesta del teatro, don Lázaro Núñez Robres... Con tal reparto era muy difícil que fracasase una obra... Pues bien, la de Campoamor no llegó a convencer al público. Pasó y nada más.

En el mismo año, el día 13 de octubre, se representó en el Español, con el consabido "éxito extraordinario", un drama en un acto, titulado "Dies Irae", que interpretaron la entonces famosísima actriz señorita Mendoza Tenorio y los señores Morales, Alisedo, Oltra, Ponzano, Mata, etc. Se trataba—dice un crítico—de un bonito "pequeño poema dialogado", como más tarde lo fueron, sin llegar a representarse, "El confesor confesado", "Cómo rezan las solteras" (que el mismo autor llamó monólogo representable) "El poder de la ilusión" (pequeño poema en forma de monólogo) y "Las flores vuelven" (poema dramático)... La obra tampoco entusiasmó al público, ni muchísimo menos.

Terne y muy terne en sus proyectos escénicos, insistió Campoamor, dando a la escena "El honor", comedia en tres actos, estrenada en el teatro Apolo el 8 de enero de 1874 y que representaron las señoritas Castro y Vallarino, señora Alverá y señores Vico, Cepillo, Calvo y Parreño. Fué un nuevo fracaso, como lo fué el juguete cómico "Química conyugal", estrenado poco después, y como lo fué, asímismo, aunque mucho mayor, el drama en tres actos "Así se escribe la historia", representado por primera vez en el Circo, en 1876, y en el que Mariano Fernández caracterizaba en uno de los tipos al propio Campoamor.

Este quiso por última vez probar fortuna y estrenó, en el teatro Alhambra, el 11 de mayo de 1885, la comedia en un acto "Glorias humanas", que antes tuvo el "preastracanesco" título de "La pierna de Carnero" y que, como todas las anteriores, fué un completo fracaso, en vista de lo cual, Campoamor con muy buen acuerdo, renunció a la reiterada obsesión escénica de ponerse en ridículo.

Y hora es ya de preguntar: ¿Qué perseguía Campoamor con aquellas aficiones dramáticas?... ¿Ganar dinero? No, porque no lo necesitaba... ¿Satisfacer una vanidad? Tampoco, porque mil medios tenía de satisfacérsela, sin exponerse... ¿Gloria? Por mucha que el teatro le diese, no le daría tanta como "El tren expreso" o como "¡Quién supiera escribir!"... Entonces, ¿qué fué? No lo sabemos. Quizá una manía, el deseo de vencer una dificultad, la creencia de que la fortuna no se aleja nunca de los que, como Campoamor, son sus elegidos... Y Campoamor se equivocó lamentablemente. La diosa Fortuna le acompañó a todas partes, al Ateneo, al Congreso, a las gradas del Trono y a las cumbres del Parnaso, pero cuando la invitó a que pasase al Teatro, se quedó a la puerta... Campoamor entró solo y así le fué a él.

X

CAMPOAMOR, LIRICO

LAS DOLORAS. — LO QUE OYO CAMPOAMOR AL CURA DE EL PILAR DE LA HORADADA. — LOS PEQUEÑOS POEMAS. — LA CARTA DE "EL TREN EXPRESO". — UN SOLO DE "CLARIN". — LOS CANTARES DE CAMPOAMOR.

Cuando Campoamor empezó a escribir los primeros versos, se declaró desde luego poeta lírico. Esta era su verdadera filiación literaria. Después quiso emprender otros vuelos más altos y aunque dió gallardas muestras de tener condiciones para ello, sin embargo, la obra que en este sentido realizó no vino a aumentar considerablemente los laureles alcanzados en más humildes empresas.

La labor poética verdaderamente importante, positivamente importante, indiscutible y trascendental

de Campoamor está en las "Doloras" y en los "Pequeños poemas". Fué el primero un género que nadie hasta entonces había cultivado y fué el segundo un género que, aunque no nuevo, alcanzó en Campoamor un insospechado y sorprendente desarrollo.

Ahora bien, ¿qué es la dolora? Resulta algo difícil concretarlo. El marqués de Molins que, en su "Discurso-contestación" al de Campoamor, quiso definirla, se hizo un pequeño lío. Campoamor tampoco pudo explicarlo satisfactoriamente. La dolora nació en él, de una emoción, al parecer fugitiva, pero estable y permanente en realidad. Nadie la discutió en este sentido ni nadie se permitió tacharla de inoportuna. Lo que produjo verdadero estupor en los tradicionales de la Poética fué el nombre de dolora, manifiesto neologismo con el que no podía estar conforme ninguno que se preciase de buen retórico.

Las "Doloras" son en número de 180 y fueron publicadas en dos tomos, el primero de los cuales apareció en 1845 y el segundo en 1886. Las hay filosóficas, humorísticas, escépticas y eróticas. Unas son dulces como la miel y otras amargas como el acíbar. En unas se muestra Campoamor profundamente creyente y en otras se manifiesta absolutamente descreído, aunque su falta de creencias no sea más que externa, pues, como veremos más adelante, era un hombre religioso. Respecto al fondo, todas son, literariamente, indiscutibles, pues no hay para qué analizar las ideas del autor; no así respecto a la forma, porque Campoamor, poeta fácil, espontáneo y fecundo, la descuidaba frecuentemente, como la des-

cuidaba Zorrilla, sin que por eso ninguno de los dos dejase de ser un formidable lírico. Lo que ocurre es que muchas veces el poeta, por someterse a la tiranía de la rima, dice lo contrario de lo que se propuso decir. Esto ocurre precisamente en la más hermosa y más popular de todas las doloras: "¡Quién supiera escribir!" El hecho que en ella se relata es rigurosamente cierto. Campoamor, que pasaba grandes temporadas en su hermosa finca "Matamoros", iba algunas tardes a El Pilar de la Horadada, con cuyo párroco tenía estrecha amistad. Llamábase el cura don Antonio Puigcerver y era como nos lo pinta en "Los grandes problemas": un pobre señor, de muy buen corazón, pero de muy pocos alcances, viejecito, humilde y pusilánime... Pues bien, una tarde en que el poeta entró inopinadamente en la rectoral, encontró al señor cura escribiendo una carta que iba dictándole una moza, cuyo novio se hallaba cumpliendo los deberes del servicio militar. Campoamor vió la escena y concibió la dolora, que, al volver a "Matamoros", escribió aquella misma noche, rápidamente, como respondiendo a la inspiración. La impresión que llevaba, ingénua, pura, sencilla, candorosa, fué desvaneciéndose a medida que la pluma se deslizaba sobre las cuartillas y pronto desapareció el hombre, que había oído el diálogo, para dejar paso al poeta, que quería reformarlo, mejorarlo, hacerlo "más bonito". Y lo que empezó con la sencillez admirable de una aldeana que quiere escribir a su novio y un cura de misa y olla que no sabe qué decir, acabó cayendo en el culteranismo redicho y fal-

so de un poeta que no resistía a la tentación de expresar en términos "finolis". Vea el lector la diferencia que existe entre la primera parte de la dolora, que fué la que, total o parcialmente, oyó Campoamor, y el resto, que fué lo que inventó:

¡Quién supiera escribir!

I

—Escribidme una carta, señor cura.
—Ya sé para quién es.
—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura
nos vísteis juntos?—Pues.
—Perdonad, mas...—No extraño ese tropiezo.
La noche... la ocasión...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:

"Mi querido Ramón:"
—¿Querido?... Pero, en fín, ya lo habéis puesto...
—Si no queréis...—¡Sí, sí!
"¡Qué triste estoy!" ¿No es eso?—Por supuesto.
"¡Qué triste estoy sin tí!"

"Una congoja al empezar, me viene..."
—¿Cómo sabéis mi mal?
—Para un viejo una niña siempre tiene
el pecho de cristal.
"¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un edén".
—Haced la letra clara, señor cura,
que lo entienda eso bien.

"El beso aquel que de marchar a punto
te dí..."—¿Cómo sabéis?
—Cuando se va y se viene y se está junto,
siempre... no os afrentéis.

"Y si volver tu afecto no procura
tanto me harás sufrir..."
—¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
¡que me voy a morir!

—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?...
—Pues, sí, señor; ¡morir!
—Yo no pongo "morir"—¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

II

¡Señor Rector, señor Rector! En vano
me queréis complacer,
si no encarnan los signos de la mano
todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mía
ya en mí no quiere estar;
que la pena no me ahoga cada día...
porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento
no se saben abrir;
que olvidan de la risa el movimiento
a fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
cargados con mi afán,
como no tienen quien se mire en ellos,
cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,
la ausencia el más atroz;
que es un perpétuo sueño de mi oído
el eco de su voz...

Que siendo por su causa, ¡el alma mía
goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
si supiera escribir!...

III

Epílogo

—Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:
"A don Ramón..." En fín
que es inútil saber para esto arguyo
ni el griego ni el latín.

Como el lector habrá podido observar, hay una diferencia enorme entre la primera parte de la dolora y la segunda. En aquella, el diálogo es sencillo y corriente, aún conteniendo ideas bellísimas. En ésta el monólogo es afectado y redicho. Un cura de aldea, por muy ignorante que sea, puede contestar a una aldeana que le pregunta cómo sabe su mal, con

estas dulces, consoladoras y naturalísimas palabras:

—Para un viejo una niña siempre tiene
el pecho de cristal.

Esa misma aldeana, cuando ve que la adivinan el pensamiento y que escriben lo que ella hubiera querido dictar, diría esta frase hermosísima, en la que palpita con latidos sublimes un alma enamorada y en la que hay un divino caudal de poesía:

—Haced la letra clara, señor cura,
que lo entienda eso bien.

Y por último, entre el cura y la campesina puede entablarse sin violencia alguna este diálogo naturalísimo:

—"Y si volver tu afecto no procura,
tanto me harás sufrir..."
—¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
¡que me voy a morir!
—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?...
—Pues, sí, señor; ¡morir!
—Yo no pongo "morir". —¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!

Esto es lo que oyó Campoamor y lo dijo como lo oyó. Por eso resulta tan natural, tan sencillo, tan ingénuo. Lo que no pudo oir a la moza es lo que sigue. A una aldeana no se le puede ocurrir nunca llamar a

los labios "rosas del aliento de su novio", ni muchísimo menos esta atrevidísima metáfora:

que es un perpétuo sueño de mi oído
el eco de su voz...

De todos modos, y aún con estos defectos, la dolora es bellísima, y por algo se ha hecho tan popular. También lo son, como digimos en el capítulo III, "La opinión", "Las dos grandezas" y "El gaitero de Gijón", y no les van en zaga "Cosas del tiempo" "Mal de muchos", "Los tres guardapelos", "Lo que se piensa al morir", "El ojo de la llave", "Amar al vuelo", "El beso" y ésta, que por el profundo y antitético pensamiento filosófico que encierra y por su brevedad, es también conocidísima:

"Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta.
¡Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía!"

De los "Pequeños Poemas" —treinta y dos en conjunto— que escribió la pluma fecundísima y maravillosa del poeta asturiano, los más famosos son: "El tren expreso", "La historia de muchas cartas", "Las tres rosas", "El trompo y la muñeca" y "El amor y el río Piedra", especialmente el primero, escrito con gran sencillez y cuya carta constituye una delicadísima página literaria, que estuvo muy en moda durante medio siglo y que aún hoy, en que las corrientes llamadas "renovadoras" han depurado

el buen gusto poético, se lee con verdadero agrado.

Publicáronse los "Pequeños Poemas" en cinco series, que aparecieron sucesivemente en 1873, 1879, 1886, 1887 y 1892, o sea cuando ya Campoamor estaba plenamente consagrado. Su éxito fué superior, si cabe, al de las "Doloras"; los periódicos reprodujeron estrofas, cantos y aún poemas íntegros, y al poco tiempo, eran éstos del dominio público. Todos están escritos con sencillez tan grande que a veces desciende al prosaísmo, cosa que sacó de tino a "Clarín", que se expresó de este modo al leerlos: "La sencillez en el decir casi rayana en la prosa, como Campoamor la quiere, está bien en sus pequeños poemas, pero sería ridícula en obras de otra índole. Lo que no está bien es el desaliento convertido en dogma. Campoamor, que es poeta de veras, que no necesita recurrir a las abstracciones de la poesía en prosa para defender la inopia del ingenio, porque no padece tal inopia, debiera desterrar de sus poemas ese cúmulo de consonantes vulgarísimos, esas asonantes molestas y esos giros prosáicos, los adverbiales y las oraciones de gerundio en que tan admirablemente abunda, que en nada favorecen a sus poesías, por más que prueban la firmeza de convicciones del autor. Mi ilustre amigo afirma que él puede escribir, sin cambiar los consonantes, versos, que encierren pensamientos distintos. Yo le aconsejo, si no es osadía, que en vez de cambiar los pensamientos, cambie los consonantes." (1)

(1) Leopoldo Alas: "Solos de Clarín", pág. 232.

Además de estas obras líricas y de las otras mencionadas anteriormente, Campoamor escribió muchísimos cantares, algunos de los cuales han adquirido inmensa popularidad, y crítico ha habido que, entusiasmado con esta nueva cuerda de la lira del vate de Navia, le haya encumbrado hasta lo más alto de las cimas del Parnaso popular. No creemos que sea para tanto, Campoamor escribió cantares primorosos, retóricamente muy superiores a los de Ruíz Aguilera, Ferrán, Anaya y Díaz de Escobar, pero evidentemente inferiores bajo el punto de vista del sabor castizo del pueblo. Los cantares de Campoamor tienen más de sentenciosos pensamientos y de ingeniosas humoradas, que de cantares. Para llegar a ser ésto, les hace falta de sencillez y de espontaneidad cuanto les sobra de filosofía. El alma del pueblo no conoce la filosofía o la conoce a su manera. Tengamos aquí lo de la carta del cura de El Pilar de la Horadada. A un mozo adeano que ronde a su novia, se le puede ocurrir cantar:

"Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te dí"

Pero nunca se le ocurrirá "sacar de su cabeza" un cantar como éstos:

"Ir hacia Atocha le ví;
la seguí, miré y miró,

y no "vine, ví y vencí;"
yo vine, ví y me venció."

"Me causas tanto pesar,
que he llegado a presumir
que mucho me debe amar
quién tanto me hace sufrir."

"Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia:
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta a empezar."

XI

CAMPOAMOR, HUMORISTA

LOS SALONES LITERARIOS Y LAS "CACHUPINADAS". — ALBUMES Y ABANICOS. — DEL PIROPO AL HUMORISMO. —CAMPOAMOR NO ESTABA CONFORME CON ALGUNAS DE SUS HUMORADAS.

Durante buena parte del siglo pasado, muchas familias aristocráticas de Madrid tenían la costumbre de reunir en sus salones a todo lo más notable de la literatura y del arte y dar fiestas que resultaban, no sólo agradabilísimas, sino muy útiles, pues en ellas eran presentados y se daban a conocer muchos escritores, que de otro modo hubieran tenido que luchar durante mucho tiempo entre la exigüidad de la Prensa y la escasez de casas editoriales. Así sucedió, por ejemplo, con el malogrado Evaristo Silió y Cortés, padre del actual ex-ministro, muerto cuando constituía una gran esperanza.

Pero como el carácter español tiene, entre muchas virtudes, un vicio, que es el de la imitación, aquellas reuniones fueron extendiéndose y salieron de los salones de la aristocracia para introducirse en los modestos gabinetes de la clase media. Aquella fué la causa, primero de su descrédito y, después, de su desaparición. "Poetas principiantes—dice un cronista de la época—que aburrían a los tertulios leyendo desdichadas imitaciones de las "Doloras" de Campoamor o de las "Rimas", de Bécquer, y niñas románticas que aullaban la "Stella confidente" o la "Mandolinata", desacreditaron por completo las reuniones literarias, y todo el mundo huía cuando se veía a un mozalbete acercarse al piano para disparar desde allí una tirada de versos..." Luís Taboada, el ingeniosísimo escritor, dió al traste con tales veladas, poniéndolas en ridículo en su libro "La vida cursi", con el nombre de "reuniones de Cachupín", o "cachupinadas", como decimos hoy.

Pues bien, entre los salones literarios que gozaron de más justa reputación, estaban los de la condesa de Montijo, la condesa viuda de Velle y la duquesa viuda de Rivas. A ellos asistían todas las eminencias de la pluma y del pincel; se representaban comedias, se decían versos, se hablaba de arte, y nuestra aristocracia pasaba ratos deliciosos oyendo la amena charla de Bretón de los Herreros, el marqués de Molins, Ventura de la Vega, Campoamor, Nocedal, Hartzenbusch, Valera, Haes, Zamacois, Romea, Palacio, Rosales, Palmaroli y muchísimos más. Surgió entonces, como secuela natural, la costumbre—aún no

desterrada—entre las damas, de poseer álbumes y abanicos con versos de poetas y pensamientos de prosistas.

A nadie extrañará que uno de los poetas preferidos para tales menesteres fuera Campoamor. El y Manuel del Palacio eran "los poetas de las mujeres", en contraposición de Bécquer, que fué "el poeta de la mujer". Campoamor escribió versos en cientos de álbumes y en miles de abanicos. Esos versos son los que él llamó "Humoradas", y los llamó así "porque en la mayor parte de esas expansiones de genio abierto, que el vulgo suele llamar salidas de tono, prepondera la tendencia cómico-sentimental que se entiende por "humorismo". Llamo "humoradas" a los pensamientos adolorados, que, por carecer de forma dramática, no se deben incluir entre las doloras. ¿Y qué es "humorismo"?... La contraposición de situaciones, de ideas, de actos o pasiones, encontradas. La posición de las cosas en situación antitética suele hacer reir con tristeza... La frase "buen humor", genuinamente española, ha creado un género literario, que es sólo peculiar de los ingleses y de los españoles, y en el que mezclando lo alegre con lo trágico, se forma un tejido de luz y sombra, a través del cual se ven en perspectiva flageladas las grandezas, y santificadas las miserias, produciendo esta mezcla del llanto y de la risa una sobreexcitación nerviosa de un encanto indefinible... Y dejo este asunto, sólo indicado por mí, para que el señor Menéndez Pelayo acabe de decirnos con su profundo saber lo que es "humorismo", "esa alegría

unas veces enternecedora y otras siniestra; esa espada de dos filos que lo mismo mata a los hombres que a las instituciones; ese gran ridículo que convierte en polichinelas a los héroes mirándolos desde la altura del supremo desprecio de las cosas." (1)

Sin embargo, no todas las "humoradas" de Campoamor son "humorísticas". En muchas de ellas se ve un fondo de amargura, lleno de lágrimas, sin que por ningún lado aparezca la risa. En otras, sí, la risa es el elemento esencial, más o menos franco y ostensible. Todas son, indiscutiblemente, improvisadas. La que no fué escrita de momento, en el abanico o en el álbum, se le ocurrió a Campoamor en un paseo por el Retiro, en sus excursiones por "Matamoros", en sus visitas a la librería de Fé, en sus siestas de la Academia, en sus tertulias del Ateneo... Para no olvidarlas. Campoamor las apuntaba en los puños de la camisa, y muchas de ellas quedaron escritas en la corteza de los árboles de "Matamoros", aquellos árboles que debieron ser inmortales y que, como veremos más adelante, la codicia de unos agricultores de poca sensibilidad se encargó de talar.

Como es lógico, Campoamor, al publicar las "Humoradas" escritas en álbumes y en abanicos tuvo la discreción de ocultar los nombres de las damas para quienes las escribía. Sólo por excepción cita algunos. Y aunque muchas de aquellas mujeres fueron o son conocidas y pudiéramos nosotros decir sus nombres, la misma discreción que el poeta tuvo

(1) Prólogo de la primera edición de las "Humoradas".

para no declararlos en su libro, debemos tener nosotros para no hacerlos públicos en el nuestro. Nos limitaremos, pues, a reproducir algunas de las más famosas.

Entre las escritas en abanicos, sobresalen las siguientes:

Al dar este abanico aire al semblante,
tal vez pueda templar, Eugenia mía,
esa alma delirante
que no tuvo en la vida un solo amante
ni vivió sin amar un solo día.

Tiene este abanico el don
de dar al viento ligero
todo acento de pasión,
por eso oculto un "te quiero"
que siento en mi corazón.

¡Cuántas horas felices y tranquilas
pasará de tí enfrente,
el que pueda vivir eternamente
asomado al balcón de tus pupilas!

Que no pidas, Manuela, te suplico
a mi edad madrigales ni consejos,
porque sé que detrás del abanico
os burláis las mujeres de los viejos.

¡Oh, Isabel! ¡Cuántas veces a hurtadillas
a través de estas pérfidas varillas,

con tus pupilas de ternura llenas,
a algún hombre feliz, de tí adorado,
lo mirarás apenas,
por temor de mirarle demasiado!

Agita tu abanico muy aprisa
y verás cómo el céfiro ligero
te cuenta muchas veces, María Luisa,
lo mucho, pero mucho, que te quiero.

¿Oyes, Concha, los céfiros alados
que agita tu abanico en derredor?
Pues son todos suspiros o recados
que te manda al oído
Campoamor.

De las "humoradas" escritas en álbumes son notables, entre muchas, las siguientes :

Tengo, Amalia, un secreto aquí escondido
que me hará enloquecer:
escúchale... más cerca... así... al oído...
"Aunque soy ya tan viejo, has de saber..."

Bien merezco, Mariana, la fortuna
de escribir en este álbum el primero,
porque sin duda alguna
soy el que más y el que mejor te quiero.

Deja que mi ternura
te cuente mis amores,

porque soy, cuando miro tu hermosura,
un árbol carcomido que echa flores.

Aunque te admiro tanto,
perdona, Clara Lengo,
si, temiendo afligirte, no te canto,
porque a la edad que tengo,
lo que empieza en canción, acaba en llanto.

Lleva el bien del palacio a la cabaña
cual la inmortal "Santa Isabel de Hungría";
y, puesta en los altares, algún día
la llamarán "Santa Isabel de España"

Espero con gran fé, Pepita bella,
que el hombre fiel que ha de llamarte esposa,
haciéndote dichosa,
en tí desmentirá la frase aquella
de "¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!"

Si algún César triunfante
te viera desde el fondo de su gloria,
podría ese lunar de tu semblante
hacer variar el curso de la historia.

Ahora bien, ¿son éstas las verdaderas "humoradas"? No. A esto debió Campoamor llamarlo "galanterías". De "humoradas" tienen muy poco, según su propio concepto de "humorismo". En la humorada debe haber intención, burla, alegría "unas veces enternecedora y otra siniestra", debe haber

"esa espada de dos filos que lo mismo mata a los hombres que a las instituciones; ese gran ridículo que convierte en polichinelas a los héroes mirándolos desde la altura del supremo desprecio de las cosas." "Humoradas", pues, son éstas:

Todo en amor es triste,
mas, triste y todo, es lo mejor que existe.

Es la fea graciosa
mil veces más terrible que una hermosa.

A todo ser creado
le gusta, como a Dios, ser muy amado.

Poniéndose y quitándose alfileres,
hacen sitios de Troya las mujeres.

La amé el año pasado,
y ya hace un siglo, o dos, que la he olvidado.

¡Qué bien has aprendido en tu provecho,
que ser mala es un cálculo mal hecho!

Con tal que yo lo crea,
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

No llores y hazte cargo
que esa prenda querida
al dejar esta vida
pasó de un sueño corto a un sueño largo.

Es mi fé tan cumplida
que adoro a Dios, aunque me dió la vida.

En cuanto al bien y al mal nada hay lejano;
todo se halla al alcance de la mano.

Pues que tanto te admira
el saber de los viejos,
voy a darte el mejor de los consejos:
crée sólo esta verdad: "Todo es mentira."

Esto sí que es humorismo, un poco amargo, un poco escéptico—aunque otra cosa opine el propio Campoamor,—pero humorismo al fín. En cada risa de estas "humoradas" va envuelta una lágrima, sin que sea bastante a ocultarlo la aparente alegría del poeta, que encontrándose ya viejo y cansado—Campoamor las escribió entre los cincuenta y los setenta años—y luchando con las dudas que despertaban en su alma el estudio de la filosofía, puesta de moda entonces en el Ateneo, se declaraba siempre algo incrédulo y pesimista, siendo ésta la causa de la guerra que le hicieron los ultramontanos.

Sabido es que Campoamor, no satisfecho con la forma o con el fondo de algunas de sus "humoradas", quiso reformarlas, y las reformó de hecho; pero no mejoró el original, por la sencilla razón de que si a estos rasgos de ingenio se les quita la espontaneidad, se les quita su mayor valor. Con todos sus ripios, sus gerundios y sus pareados de indiscutible mal gusto, hay humoradas geniales. Como éstas:

Las hijas de las madres que amé tanto,
me besan ya como se besa a un santo.

No olvides un instante
que es quedarse detrás no ir adelante.

Todos lo han conocido,
¿va con uno y bosteza? Es su marido.

XII

CAMPOAMOR, EPICO

LA INDISCIPLINA Y LA INCONSTANCIA. — DE ENSAYO EN ENSAYO. — LA OBRA DE UN GOBERNADOR CIVIL. — CAMPOAMOR, EMULO DE ESPRONCEDA. — LA ESPINA EN EL ALMA.

"El rasgo principal de mi carácter es la indisciplina"—declaró el poeta, diez años antes de morir.

Nosotros diríamos que el rasgo característico de Campoamor no fué la indisciplina, sino la inconstancia, rasgo muy de poeta. Efectivamente, Campoamor no fué el mejor poeta lírico del siglo XIX, por haber distraído su atención en empresas desacordes con su temperamento, tales como la política, la filosofía y el teatro, ninguna de las cuales sirvió para aumentar un milímetro la magnitud de su estatua. Si Campoamor se hubiese reducido a la poesía,

y dentro de la poesía a la lírica, nadie le habría igualado, no ya sólo en España, sino aún en el extranjeró.

Pero Campoamor, favorecido desde adolescente por la fortuna y gozando de popularidad desde que a los veintiocho años publicó las primeras "Doloras", quiso, como Castelar, serlo todo, y ensayó géneros para los que, indudablemente, carecía de condiciones. Y uno de esos géneros fué la épica.

Disculpable es que escribiera "El alma en pena". Se trata de una obra de la primera juventud, contemporánea de las composiciones líricas que forman "Ayes del alma", escrita entre los veinte y los veintidós años, y a esa edad todo merece disculpa, tanto más cuanto que Campoamor, influenciado aún por las preocupaciones religiosas adquiridas en el Colegio de dominicos de Santo Tomás y no desvanecidas en el noviciado de los jesuítas, sólo se propuso plantear esta cuestión de conciencia: "¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, o la hace a impulsos de una providencia superior?" El propio Campoamor reconoció modestamente que no supo desentrañar este problema, dadas su poca edad y su escasa experiencia de la vida. Por ambas cosas, es disculpable "El alma en pena".

Diez años más tarde, quiso el poeta dar un segundo golpe a la epopeya y publicó el poema "Colón", que, aunque muchísimo mejor que "El alma en pena" y escrito, a veces, en estrofas de la más alta poesía, tampoco puede considerarse como una obra

maestra del género. "Su historia—dice el prologuista don Severo Catalina— creo yo que puede contarse en cuatro palabras: nació y murió en Valencia en 1854. Su cuna fué magnífica, la casa del Gobierno, que el autor ocupaba como jefe de aquella provincia; vióse envuelto desde luego en delicados pañales, pues la edición hecha por Ferrer y Orga es lujosa y esmerada; tuvo excelentes padrinos, pues a su elogio se consagraron escritores de justo crédito; desapareció, por último, a los pocos meses, pues de las librerías pasó a las de los particulares, sin que un solo ejemplar quedase a la venta."

Ignoramos si el éxito del poema fué tan grande como asegura su prologuista, aunque nada de particular tendría que así fuese, dada la justa fama de su autor. Lo que si podemos afirmar es que, aún en el caso de que se vendiera íntegra y de modo tan rápido la edición, el poema no fué leído con el deleite con que fueron leídas las "Doloras" y mucho menos aprendido y recitado de memoria como algunas de éstas.Y no se arguya diciendo que un poema no es muy asequible a ello; en su totalidad, así es, ciertamente; pero en estrofas aisladas, el caso varía, y "El diablo mundo", de Espronceda, constituye un ejemplo elocuentísimo.

Alentado por el éxito de librería que alcanzara "Colón", hizo Campoamor una tercera tentativa épica con "El Drama universal", acerca del cual según hace constar el P. Restituto del Valle—son tan encontradas y antitéticas las opiniones, que mientras unos sólo ven en él un engendro poético monstruo-

so, una producción de dicción apocalíptica, un caos de inspiración rebelde a toda ley, otros, por el contrario, lo consideran como el monumento más grandioso y perdurable erigido en aquella época a la poesía castellana. Ambos extremos nos parecen, sin embargo, igualmente hiperbólicos, aunque, en realidad, tiene el poema defectos y bellezas que lo justifican. Desde luego, en él se manifiesta Campoamor mucho más rebelde que en ninguna otra obra poética y más exaltadamente creador. Ya no se reduce, como en "El alma en pena", a una simple cuestión metafísica, ni, como en "Colón", a un episodio histórico, sino que dispuesto a enseñar universalmente por medio de la poesía, "hace intervenir en el drama a la teología, la astronomía, la historia, la magia, las creencias populares, la superstición, las pasiones, las transformaciones de unos seres en otros; atraviesa los espacios, recorre los siglos, y de acá y de allá toma o ejemplos para el engaño u ocasión para la doctrina."

Dicho se está que todo el anterior bagaje filosófico no se presta mucho para la lectura de las gentes vulgares y así, "El Drama universal", al ser publicado, en 1860, fué recibido por el público con la mayor indiferencia, si bien es verdad que la crítica le dedicó los más apasionados comentarios, y mientras algunos trataron de elevar a su autor a la altura de Ovidio y de Dante, otros le trataron de la manera menos respetuosa; tanto es así que Campoamor, que ante todo y sobre todo quería ser un poeta popular, no volvió a insistir en sus proyectos de epo-

peya, pues aunque, en 1888, publicó, en alardes de tal, "El licenciado Torralba", esta obra, bella por todos conceptos, no mereció otra consideración que la de un "Pequeño poema", a los que en ediciones sucesivas quedó definitivamente incorporada.

Mucho contrarió a Campoamor la indiferencia que merecieron a la generalidad del público sus ensayos épicos. Su afán era eclipsar la gloria de Espronceda escribiendo una obra superior a "El diablo mundo". No lo consiguió y esa fué una espina que siempre tuvo clavada en el alma, pero tan oculta que sólo contadísimas personas lo supieron.

XIII

CAMPOAMOR, FILOSOFO

LAS PRIMERAS PREOCUPACIONES. — EN EL CAMPO DE LA JURISPRUDENCIA. — LOS DEBATES DEL LICEO Y DEL ATENEO. — UN FRAILE A QUIEN NO ASUSTAN LOS VOLTERIANOS. — EL POLEMISTA Y EL ESCEPTICO.

Si Campoamor no hubiese sido un estupendo poeta y un pertinaz político, hubiera sido un gran filósofo. Pero la noble atención prestada a las Musas, y la menos noble prestada a la República le impidieron dedicar a la Filosofía toda la que ésta merecía y él hubiera deseado dedicarla. Y decimos merecía y no decimos merece, porque no ignoramos que, al menos en nuestro país, los estudios filosóficos están un poco descuidados, cosa que nada tiene de particular en estos tiempos de hondas preocupaciones sociales y de frívolos caprichos modernos.

¿Quién es el majo que se encierra hoy en un gabinete, como se encerraba Campoamor, a estudiar a Comte, a Spencer o a Krause, puesto entonces tan en moda por su discípulo Sanz del Río? ¿Y quién es el valiente que aguante una sesión del Ateneo oyendo discutir si es la materia la que gobierna al hombre, como dice Maleschot, o la actividad del alma es una función de la sustancia cerebral, como asegura Buchner?...

Estas y otras cosas no menos laberínticas y trascendentales preocuparon muchísimo a nuestros abuelos, que en ellas consumieron una parte de sus actividades, reservando otra a la política y a su hija predilecta la revolución, para no sacar nada en limpio, ni como filósofos ni como revolucionarios. Pero estaban en moda y había que seguir la corriente.

Todos los hombres de algún viso, de entonces, habían de ser filósofos, y no podía faltar a la lista don Ramón de Campoamor, que ya desde muy niño y por circunstancias especialísimas, empezó a preocuparse de tales cuestiones. En efecto, antes de cumplir los treinta años, o sea a la edad en que la mayoría de los hombres no han salido aún de los noviazgos y de los versos amorosos, ya había escrito Campoamor su "Filosofía de las leyes", mitad política, mitad jurídica, que le valió justa reputación, aunque no hizo mucha gracia a los jurisconsultos, y poco después, en 1850, "El personalismo", obra que, según él mismo confiesa, fué escrita durante algunos intervalos de su primer período de gobernador civil para conllevar los disgustos que le producían las exigencias del mando, y que publicó a ruegos de otros jó-

venes de su edad y de su valer, tales como Bergosa, Lorenzana, Barcia, Castelar, Canalejas, Rayón, Alzugaray, Morayta, etc..

"El objeto que nos hemos propuesto—añade Campoamor— es el de que, publicada una obra original cualquiera sobre filosofía, diese lugar a una viva polémica; polémica que, sostenida por cada uno de nosotros bajo el punto de vista de nuestras respectivas escuelas, produjese en el país el objeto contrario del que se proponía cierta universidad que el año 1844 decía a Fernando VII: "Señor, felicitamos a V. M. porque ha concluído con la fatal manía de pensar". (1)

Si tal era el objeto que los filósofos españoles de mediados del siglo XIX se proponían, a fé que lo lograban cumplidamente, pues en el Liceo primeramente y en el Ateneo después promovieron tales discusiones que algunas veces tuvieron que intervenir las autoridades para calmar los ánimos, ya de suyo bastante excitados por las contínuas revueltas callejeras y por los frecuentes pronunciamientos militares.

Tras "El Personalismo" vinieron "Las Polémicas con la Democracia" y en seguida apareció "Lo absoluto", obra que el sabio catedrático don Francisco Giner considera como la mejor de todas de filosofía escritas por Campoamor y en la que éste "ora se revuelve contra las escuelas y los partidos, denostándolos con su sarcasmo desdeñoso; ora se

(1) "El Personalismo", págs. 366 y 367.

sumerge en inefable arrobamiento y, buscando en la intimidad de Dios el fuego de una inspiración sagrada, hace con noble entusiasmo la apoteosis de la razón, de la virtud y del arte." (1)

En 1883, y a consecuencia de uno de tantos debates como surgían a cada momento en el Ateneo, del cual era entonces Presidente don Antonio Cánovas del Castillo y cuya Sección de Literatura y de Arte presidía Campoamor, apareció "El ideismo", en el que éste analiza el desarrollo de las ideas en los órdenes ontológico, cosmológico y antropológico y su marcha en las ciencias, en las artes y en la historia. La discusión fué muy interesante y en ella intervinieron muchos ateneístas, alguno de los cuales, como los señores Soldevilla, Solsona, Carracido y Zahonero, viven todavía, y otros, como el P. Miguel Sánchez, inspiraban a Campoamor gran simpatía y respeto, pues era "el único individuo del clero a quien no habían encerrado en su casa las risas de los volterianos."

De otra discusión —con don Juan Valera—nació "La Metafísica y la Poesía", libro de mucha menos importancia que los anteriores, en el sentido filosófico, aunque muy estimable en el orden estético, y que demuestra hasta dónde llegaban las formidables arremetidas del glorioso autor de "Las tres rosas" y hasta dónde también la ciclópea resistencia del no menos glorioso creador de "Pepita Jimenez".

(1) "Una dolora en prosa", pág. 251.

Como se ve por todo lo dicho, Campoamor, filósofo, no hizo más que discutir, demostrando en todo momento ser un consumado y habilísimo polemista, no siempre de muy silogística contextura. La intención de Campoamor no era edificar sino destruir. ¿Obedecía a un escepticismo verdadero e íntimamente sentido? ¿No sería una de tantas posturas adoptadas por el poeta para mantener su prestigio de hombre mundano, herido, al parecer, por los desengaños y amargado por las traiciones?

XIV

CAMPOAMOR, CASADO

LA ELECCION ACERTADA. — UN IDILIO QUE DURA CUARENTA Y UN AÑOS. — ¡ES PREFERIBLE OIR MISA A OIR A LA MUJER! — BROMAS Y GOLOSINAS. — LA PAREJA DE VIEJECITOS.

Una cosa hizo bien Campoamor, además de las "Doloras": casarse. La virtuosa mujer que eligió para compañera de su vida fué indiscutiblemente la redención del poeta. Y no es que creamos, como algunos biógrafos poco escrupulosos o mal intencionados, que Campoamor tuviera una juventud tumultuosa, a lo Espronceda, que de no haber sido refrenada a tiempo habría acabado mal, no; por el contrario, nosotros estamos convencidos de que aparte las ideas un poco exaltadas que sostuvo, de acuerdo con los gustos de la época, en los primeros años de

soltería siempre fué Campoamor un hombre de costumbres austeras, ordenado y prudente en su economía y desprovisto de todo vicio, a no ser el de amar, al que, como buen poeta, se entregó en alma y vida. El mismo lo dijo en la dolora titulada "Poder de la belleza":

> Yo, que amante meritorio
> llevé en España mi ardor
> de un jolgorio a otro jolgorio
> haciendo el don Juan Tenorio
> con doncellas de labor...

Pues bien, todas aquellas aventuras amorosas terminaron al unirse en matrimonio con doña Guillermina O'Gorman. Tenía entonces el poeta treinta y dos años, y su esposa veinticinco.

Era doña Guillermina, según nos la describe la Condesa de Pardo Bazán, "una mujer de tipo étnico, blanca, descolorida, de azules ojos, inteligente y entristecida expresión, frente despejada y formas nobles y de gallarda armonía". Su conversación era ingeniosísima y sumamente afable y cariñoso su trato. "Católica ferviente, jamás quiso convencerse—añade la citada escritora—de que cuanto escribía su marido no era la quinta esencia de la ortodoxia y las "Doloras" continuación del Kempis. Acaso en esto último no iría completamente descaminada. Lo cierto es que la mayor desazón que pudo haber recibido sería si a algún obispo intransigente se le ocurre prohibir los escritos de Cam-

poamor. Encontrando León y Castillo a Campoamor a la puerta de una iglesia, preguntóle qué hacía allí: "Oir misa; —respondió; —cuesta menos trabajo oir misa que oir a mi mujer luego". Por eso Alejandro Pidal, en una semblanza que es un prodigio de intención inquisitorial y gracia maligna, llama a Campoamor "pagano rezagado, que no tiene de cristiano más que su mujer". (1)

De los primeros tiempos del matrimonio de Campoamor cuéntase una anécdota muy curiosa. Parece ser que doña Guillermina O'Gorman, cuya familia gozaba de una brillante posición social, era amada (desde mucho antes que Campoamor fuera de Gobernador a Alicante) por un joven, también de buena fortuna, que, naturalmente, hubo de perder todas las esperanzas al ver la boda de la señorita O'Gorman con el poeta, y enfermó gravemente por el disgusto sufrido. Lo supo doña Guillermina y, compasiva y buena como era, tuvo ciertos remordimientos, que expuso con absoluta sinceridad a su marido.

Este, a los pocos días de la boda y queriendo gastar una broma a su esposa, le preguntó: "Si se presentase ahora tu antiguo adorador, ¿a cuál de los dos preferirías? Y doña Guillermina contestó: —"Por una idea de consecuencia, a él; por una idea de felicidad, a tí"

Doña Guillermina estaba efectivamente enamoradísima de Campoamor y éste amor no se entibió

(1) "Ramón de Campoamor", pág. 27.

en los cuarenta y un años que estuvieron casados. Cuando ya era una viejecita llena de achaques y cercana a la muerte, hablaba a su marido con refinada zalamería, como si aún estuviese en la luna de miel.

El poeta, por su parte, correspondía a este cariño con un afecto en el que había mucho de devoción y de reverencia. La mimaba como a una niña y vivían ambos como dos tórtolos. Durante el tiempo que residían en la finca "Matamoros"—que era todo el verano y gran parte de la primavera y del otoño—no se separaban jamás. Se levantaban muy tempranito y paseaban juntos bajo la sombra perfumada de los pinos. A veces iban andando hasta El Pilar de la Horadada o hasta San Pedro de Pinatar. A veces, también, mandaban enganchar la "galera" y se iban a Torrevieja. Jugueteando como dos chiquillos, se bañaban en una pequeña playa que formaba la costa, dentro de la finca, donde había una gruta, en la que el poeta escribió alguno de sus "Pequeños Poemas", mientras doña Guillermina recogía conchas y caracoles. Tenían capilla particular en la casa de la finca y allí oían Misa y rezaban sus oraciones, sin que nunca opusiera Campoamor la menor resistencia a las prácticas religiosas ni se permitiera jamás delante de su esposa tomarlas a chacota.

En Madrid, donde se instalaron al dejar Campoamor el gobierno político de Alicante, hacía el matrimonio una vida por demás íntima y apacible. No es que el poeta estuviese pegado siempre a las faldas de su esposa sin asistir a los centros en que se reunían los intelectuales y los políticos. Por el contra-

rio. Campoamor iba todas las tardes al Salón de Conferencias del Congreso—que por entonces se inauguró—y al anochecer, al Ateneo. Durante las horas de la mañana, solían pasear juntos en coche, por el Retiro y cuando por cualquier circunstancia no podía doña Guillermina acompañar a su esposo, éste daba una vuelta por las calles e indefectiblemente llevaba siempre a su esposa alguna golosina que le compraba en La Mahonesa. Por cierto que un día, al entrar en casa , Campoamor, queriendo embromar a doña Guillermina, fingióse muy apesadumbrado y le dijo: "—¿No sabes? Se me han olvidado los dulces". Y su esposa, convencida de que no era verdad, le replicó en seguida: —"Eso es imposible, Ramón. Tú no puedes haberte olvidado de eso"...

Doña Guillermina aportó al matrimonio varias fincas que poseía en la provincia de Alicante y con la renta de aquellas fincas y con lo que a Campoamor le producían sus libros y los pingües cargos burocráticos que desempeñó, el matrimonio vivía con verdadera holgura, siendo el paño de lágrimas de cuantos menesterosos llamaban a sus puertas, especialmente de escritores que, conociendo los buenos sentimientos del poeta y abusando de ellos, le traían a mal traer con sus copiosas y reiteradas peticiones.

Ambos esposos acostumbraban también a asistir a casas aristocráticas donde se reunía la más florido de la sociedad madrileña y lo más brillante de la intelectualidad y del arte. Como ya hemos dicho, las damas se desvivían por poseer autógrafos

de Campoamor y le entregaban sus álbumes y abanicos para que escribiera versos en ellos. Lo más frecuente era que Campoamor saliese del paso improvisando allí alguna de sus deliciosas humoradas; pero en ocasiones, se veía en el compromiso de dedicar a las bellas peticionarias trabajos de mayor monta y entonces se llevaba a casa los abanicos y los álbumes. Doña Guillermina, lejos de enojarse por esta predilección que las mujeres sentían hacia su marido, parecía complacerse en ello y jamás tuvo celos. Sin embargo, el poeta la embromaba frecuentemente. "Mira, Guillermina—le decía—estos versos los he escrito para la señorita X... y son mucho más bonitos que los que escribí para tí el otro día. ¡Se va a poner más ancha!... Ahora que si a tí te gustan, te quedas con ellos y a ella le hago otros..." La esposa sonreía y el poeta renunciaba a poner los versos en el álbum de su amiguita, que tenía que contentarse con una humorada sencilla o con un simple cantar.

Desde el primer momento, la reina Isabel II dispensó gran amistad a la esposa de Campoamor y el regio palacio estuvo siempre abierto para ésta. Ya hemos dicho que, cuando triunfante la revolución de Septiembre, la augusta soberana se vió desposeída de su trono y hubo de refugiarse en Pau, la primera visita que recibió en su destierro fué la del matrimonio Campoamor, complaciéndose mucho de ello.

Mucho se ha hablado de las desavenencias existentes entre Campoamor y su esposa en materia de

fé, asegurándose que el escepticismo del poeta fué causa de que la paz del matrimonio se viese turbada algunas veces. Si esto ocurrió fué solamente en los primeros años de vida conyugal. Doña Guillermina, mujer discretísima y de privilegiado talento, no gustaba de leer las críticas que se hacían de las obras de su marido, ignorando así el concepto que públicamente merecían. Por otra parte, Campoamor procuraba que en las polémicas que él mismo solía producir, no se mezclasen nunca las ideas religiosas. "Entre los literatos jóvenes—dice doña Emilia Pardo Bazán—se susurraba que el poeta ejercía en su casa la previa censura, suprimiendo todo impreso capaz de infundir a su mujer la idea de que él no era ningún padre de la Iglesia, ni siquiera un Chateaubriand, restaurador del culto. Añadíase que, con las manos juntas y la fisonomía más compungida y lastimera, imploraba Campoamor a cualquier gacetillero para que si quería pusiese sus versos como chupa de dómine, pero dejase a salvo su ortodoxia, su cristianismo... y hasta el espíritu místico de las "Doloras". (1)

No podemos decir hasta que punto sea cierta esta pusilanimidad de Campoamor. Alguna exageración debe existir en la referencia del caso, pues un poeta que escribía con tanto desenfado y a veces con tan notoria incredulidad, no es de suponer que se amilanase ante el juicio que merecieran sus escritos. También podía ocurrir, sin embargo, que

(1) "Ramón de Campoamor", pags. 27 y 28.

Campoamor, hombre hábil, acostumbrado al raciocinio..., y aún al sofisma, convenciese fácilmente a su esposa de que los versos que parecían tan atrevidos eran de una inocencia candorosa, y que, en cambio, no pudiese convencerla de que el juicio adverso que, en ocasiones, merecían tales versos, era hijo de la enemistad y del odio; por lo cual y no pudiendo llevar al ánimo de doña Guillermina este convencimiento, procuraba evitar el efecto destruyendo la causa o haciéndola desaparecer. Sea de ello lo que fuere, el punto es tan delicado que nadie tiene derecho a ahondar en él.

Lo cierto es que el matrimonio fué siempre feliz y que, cuando, ya en los últimos años, doña Guillermina, encontrábase enferma y apenas podía andar, Campoamor—que aún se conservaba vigoroso—daba el brazo a la compañera de su vida y llevándole la silla de mano, le acompañaba hasta la iglesia de Jesús, donde ambos oían Misa y regresaban después andando despacito y charlando animadamente, a casa, donde se quedaba la admirable esposa, saliendo el poeta a la calle nuevamente, en dirección a la librería de Fé.

Quizá estas sencillas devociones practicadas, por complacencia matrimonial o por convicción íntima y no disimulada, influyeron poderosamente en las creencias religiosas del gran poeta. Campoamor se acostumbró a oir Misa todos los días y a confesar todos los meses. ¡Y sería de ver las cosas que contaba al cura! . . . El matrimonio las comentaba en la intimidad augusta del hogar. Parecía él tomar a bro-

ma la confesión y entre risas e ingenuas glosas festivas, refería a su mujer, de pe a pa, todo lo que se había hablado en el confesionario. Doña Guillermina aparentaba ponerse seria con su marido, por la frivolidad con que éste hablaba del sacramento de la penitencia. Sin embargo, en el fondo se la veía complacida. Al fín y al cabo, había conseguido de él lo que más ella deseaba: que fuese un buen católico.

Desgraciadamente, doña Guillermina no pudo gozar durante mucho tiempo la felicidad que le producía la que ella denominaba "conversión de su esposo" y que no era, en definitiva, más que una proclamación pública de las verdaderas e íntimas creencias del poeta. Los padecimientos físicos de la ejemplar dama se agudizaron poco a poco y doña Guillermina falleció el día 20 de noviembre de 1890.

El dolor del poeta fué inmenso. Quizá si del matrimonio hubiese quedado sucesión, Campoamor había encontrado un positivo consuelo en las caricias de sus hijos. Pero se encontró solo, y desde aquel momento su espíritu siempre fuerte, empezó a decaer, sin que los cuidados de sus sobrinos y las palabras de sus amigos fueran bastantes para llenar el vacío que en su corazón había dejado la ausencia de su esposa.

XV

CAMPOAMOR, INTIMO

NI ESCEPTICO NI INCREDULO. — UN GRAN AGRICULTOR. — LOS AMIGOS DEL POETA. — CAMPOAMOR TIRA A LOS PAJAROS Y DA CARAMELOS A LAS NIÑAS. — DECLARACIONES INTIMAS.

No ha habido en España poeta más discutido que Campoamor, y, ya lo hemos apuntado anteriormente, mientras unos han querido encumbrarle a las mayores alturas, considerándole como el lírico por excelencia, otros le tienen por un rimador fácil, y nada más, regateándole hasta los más humildes méritos. En lo que todos están conformes—y he aquí su mejor elogio—es en que fué un hombre buenísimo, un amigo leal, un perfecto caballero, incapaz de la menor incorrección, siempre dispuesto a prestar un favor, siempre propicio a disculpar los defectos ajenos, llano, sincero, desprendido hasta la liberalidad,

alegre y decidor como pocos y donairoso y dicharachero como ninguno. Jamás se molestó en tomar nada en serio y pasó la vida sembrando cariños y simpatías.

Los que juzgándole por algunas de sus obras, le consideran un escéptico o un incrédulo, no le conocen. ¡Qué verdad es que un autor nunca debe ser juzgado por las obras que escribe! Uno de sus biógrafos le ha retratado de una sola y admirable pincelada. "No fué nunca escéptico ni alardeó de impiedad, más que hablando en verso". Ni conoció el egoísmo ni le desvaneció jamás la popularidad. Era de costumbres ejemplarísimas y su pretendido epicureismo—como su decantado volterianismo—no pasó de ser una de tantas posturas elegantes, refinadas, de su temperamento aristocrático, a lo Cayo Petronio.

Su retrato nos lo ha dejado hecho con la mayor justeza la señora Pardo Bazán. "Campoamor es de mediana estatura, y más que medianamente grueso. sin llegar al extremo de esa obesidad aflictiva que padecía Alarcón, y que roba toda vivacidad a los movimientos y a las actitudes. Su cabeza. grande sin desproporción, respira vida, fuerza y robustez. El cabello, blanco y limpio como madeja de seda y poblado aún hasta cubrir todo el cráneo y aureolar la frente (hace años que renunció a arrancarse las canas) realza la agradable entonación, algo pletórica, de la tez. Se ve que la testa está llena de sangre y que el amplio cerebro se nutre activamente de tan rico jugo. Las facciones, ni irregulares ni muy per-

filadas, toman expresión de la maliciosa luz que irradian los ojos, y las acentuan las patillas pulcras, senatoriales, que, ostentando la misma hermosa blancura que el pelo, guarnecen las mejillas. Los negros ojos rien, pero en la caída de la boca hay aquella vaga melancolía, aquella fría niebla que Pidal llamó el "dejo montañés". Y me doy prisa a reconocer que existe ese dejo, a fin de que no se confunda la fisonomía de Campoamor con la de algún "Falstaff" de buen año o algún "Roger Bontemps" que hace cabriolas. No es la materia jovial y complacida la que asoma de ese rostro tan inteligente, a veces tan infantil, es la fantasía que ha sabido ¡ahí es nada! idealizar lo sensual; es el alma, que después de "posarse en los charcos más infectos del camino", sale de ellos, no chorreando cieno y hecha una lástima, sino con sus alas de libélula más tornasoladas y vibrantes que nunca al reflejo del sol de la belleza." (1)

Pidal le describe de esta manera: "Alegre como unos cascabeles, Campoamor, que es la jovialidad en persona, la impone con su recuerdo, cuanto más con su presencia, en la que brillan todas las alegrías de la salud, del bienestar y de la buena conciencia. Porque a la conciencia . . . a veces . . . le pasa lo que al olfato, que, a fuerza de pervertirse, llega a complacerse en el mal olor. . . y nunca está más satisfecho que cuando aspira un miasma que él toma por aroma salutífero y delicado. No es esto decir que Campoamor sea un criminal. . . de esos que castiga el

(1) "Estudio biográfico", págs. 49 y 50.

Código. . . pero a juzgar por la tranquilidad con que escribe. . . merecería un presidio." (1)

Don Manuel de la Revilla hace otro interesante retrato del Campoamor hombre de mundo y de sociedad: "Afable en su trato, muy amigo de sus amigos, indolente para todo lo que no sea hacer versos, Campoamor es una persona por extremo simpática, y de todos querido. Ha hecho política (como ahora se dice) y la ha hecho bastante mal, como buen español; se ha dedicado a la filosofía, escribiendo dos libros, "El personalismo" y "Lo absoluto", que son dos doloras de bastante mérito; ha peleado contra la democracia con éxito no muy afortunado, y tiene varias manías especiales ("cosas", como diría Larra) a saber: hablar mal de los Krausistas y de Quintana; dedicarse al teatro (que es quizás el único género poético para el que le faltan condiciones), darse aires de metafísico (de lo cual tiene tanto como de dramático), y enfadarse con todo el que no da el nombre de doloras a las composiciones en que lo imitan". (2)

(1- Hay que tener en cuenta quién era el señor Pidal, para apreciar en su justo valor las transcritas frases. El espíritu estrecho e intransigente del señor Pidal no podía avenirse a la amplitud de miras, liberalísima y tolerante, de Campoamor. A pesar de ello, el señor Pidal reconoce en éste que "su bolsa está abierta constantemente a los pobres y a los amigos; sus dehesas son una hospedería permanente, y en la que ejerce la hospitalidad con tanta cordialidad como esplendidez. Nadie le gana como anfitrión. Tiene toda la bondad, generosidad, nobleza y desprendimiento de un "vir...bonus". con bondad puramente natural. Por un amigo es capaz de tirarse de cabeza a un pozo."

(2) "Obras de don Manuel de la Revilla", pág. 58.—Madrid 1883

Campoamor, por su parte, se describe de esta forma, reflejo natural de su innato humorismo: "El mejor retrato mío sería el siguiente: Leyó por entretenerse, escribió por divertirse, vivió haciendo al prójimo todo el bien que pudo y se moriría con gusto por olvidar el mal que muchos prójimos le hicieron. Mi biografía es muy sencilla; la de alguno de mis detractores será un poco más complicada." (1)

Es muy general la creencia de que Campoamor llevó siempre su esplendidez hasta el extremo de no cobrar por la publicación de sus poesías. No es cierto. Campoamor fué, efectivamente, un hombre generoso que regalaba sus libros a todo el que se los pedía y que nunca descendió a regatear con los editores y periodistas la cuantía de sus derechos. Que no sintió ambiciones lo demuestra lo poco que medró en política. Pero esto fué todo. El mismo se preciaba de haber aumentado el capital de su esposa y de haber mejorado las propiedades rústicas que ésta aportó al matrimonio. Claro es que lo último lo hizo Campoamor, no con sus ingresos de poeta, sino con sus conocimientos agrarios, pues era un agricultor competentísimo. Así lo demostró en "Matamoros", la finca magnífica, tendida junto al Mediterráneo, entre Torrevieja y San Pedro de Pinatar. Allí, como ya hemos dicho anteriormente, pasaba el insigne escritor buena parte del año, dirigiendo el cultivo de la tierra y las plantaciones de árboles.

Cuando nosotros, en el verano de 1921, visitamos

(1) "Poética", págs. 131 y 132.

lo que fué refugio, recreo y descanso de Campoamor, pudimos darnos cuenta de algunas cosas que nos causaron verdadera pesadumbre. La finca estaba asolada. Ya no se denominaba "Matamoros" sino "Campoamor". Este respetuoso homenaje a la memoria de su glorioso propietario nos pareció muy oportuno. En cambio, nos produjo hondo pesar saber que la finca había sido vendida el año anterior en noventa mil duros a don Joaquín Amor y don Pascual del Baño y que los nuevos dueños habían sacado, solamente de la corta de pinos, ciento sesenta mil pesetas.

Recorrimos el antiguo palacio, convertido hoy en casa de labor, con una plebeya teatralidad de aperos y de abonos. Buscábamos algún recuerdo que nos hablase íntimamente de Campoamor, y ¡qué pocos pudimos encontrar! Lo que mejor se conservaba era el despacho del poeta, en el ángulo oriental, con dos balcones claros y luminosos que beben la roja lumbre del sol del Mediodía y el azul marino de Levante. Sobre la mesa en que Campoamor escribía sus maravillosas doloras, había un cartapacio de piel descolorida; un escarabajo de hierro, que sirvió de salbadera; un aparato de cristal, con brújula, termómetro, reloj de sol y calendario perpétuo; un timbre de metal, oxidado; un tintero de porcelana lleno de mellas; dos ceniceros de asta, y una plegadera en forma de suela de chapín con tacón Imperio, en la que, bajo la corona real de España, aparecía una flor de lis y en ella escrito un nombre egregio: "Isabel de Borbón".

La biblioteca había desaparecido totalmente y

la habitación que ocupara era entonces capilla. Me aseguraron que los libros habían sido llevados a un desván de El Pilar de la Horadada, de donde fueron desapareciendo poco a poco. Unicamente en una de las dos estanterías del despacho, encontré, olvidados, algunos tomos. Tuve la curiosidad de hojearlos y contarlos. Eran, en junto, ochenta y cuatro, y ochenta y tres trataban de agricultura o de ganadería y uno de música. Este titulábase "La ópera italiana o Manual del filarmónico", y su autor, don Nicolás Pardo y Pimentel, había escrito en la segunda página la siguiente dedicatoria: "Al distinguido poeta y escritor don Ramón de Campoamor, El autor." Por lo visto, para el señor Pardo y Pimentel, Campoamor no había pasado de ser un poeta "distinguido". Indudablemente, más poeta era él, que en once palabras encontraba cinco consonantes. . .

Que Campoamor tenía una gran competencia en cuestiones agrarias, lo demuestra la dedicatoria de uno de los libros: "Excmo. Señor Don Ramón de Campoamor: Tengo el honor de dedicar el primer ejemplar de mi nueva obra "Máquinas agrícolas - Manual práctico", segunda edición, al insigne y benévolo informante de mi primera edición, en testimonio de profundo reconocimiento y sincero afecto. El autor, E. J. Abeña."

La vida que Campoamor hacía en "Matamoros" era por demás plácida y sosegada. Levantábase al amanecer y bien solo o ya en campañía de su esposa, daba un largo paseo por la finca, que tenía treinta y cinco mil tahullas cultivadas y una extensión de cua-

tro leguas en contorno. Examinaba los trabajos que hacían los labriegos, conversaba amistosamente con éstos, y a las diez se recogía en la casa, donde trabajaba hasta las doce. Después de almorzar, dormía, según costumbre, una dilatada siesta y a eso de las cuatro, en primavera y en otoño, y a las cinco o las seis en verano, daba un nuevo paseo o bien ordenaba que enganchasen la tartana e iba a El Pilar de la Horadada a platicar con el cura, o a Torrevieja. También iba de vez en cuando a San Pedro de Pinatar, especialmente durante las temporadas que allí pasaba el eminente tribuno don Emilio Castelar, amigo íntimo del poeta. Anochecido, éste volvía a la finca, cenaba, leía los periódicos y se acostaba entre diez y diez y media.

En Madrid, hacía una vida un poco más agitada. No era tan madrugador como en "Matamoros". Sin embargo, tampoco se levantaba tarde. A eso de las ocho estaba ya en pié y solía trabajar hasta las doce, hora en que, bien embutido en su gabán de piel, se lanzaba a la calle e iba indefectiblemente a la Librería de Fé, donde se reunía con Galdós, Núñez de Arce, Manuel del Palacio y otros escritores ilustres. También solía ir de tertulia a una administración de Lotería de la Puerta del Sol, esquina a la calle de la Montera, donde había un puesto de cerillas, en el que muchas veces, ausente el dueño, se encargaba de despachar al público. Por eso decía jovialmente que además de sus fincas de la provincia de Alicante, "tenía en Madrid un puesto de cerillas".

Por la tarde, a primera hora, acostumbraba pa-

sear en coche por el Retiro, con su esposa. Iba después al Salón de Conferencias del Congreso, donde sostenía animadas discusiones en su calidad de "húsar de Romero Robledo", y al salir, ya de regreso a su casa, entraba un rato en la Cervecería Inglesa, que estaba en la Carrera de San Jerónimo y en el sitio que hoy ocupa el teatro de la Reina Victoria. Allí le esperaban algunos escritores, entre ellos Rafael Comenge y Julio Burell, que luego le acompañaban hasta su domicilio, del que ya no salía a no ser que hubiese sesión en la Academia o en el Consejo de Estado o para ir al teatro, de los que prefería el Real y la Comedia.

Vivía en la plaza de las Cortes, número 8, y allí era frecuentemente visitado por los literatos jóvenes, que tenían en él un maestro, un padre y un amigo. El ilustre doctor Verdes Montenegro nos suministra preciosos datos de aquellas interesantes reuniones. "En aquel entonces—dice—formaban una especie de corte del "Soberano Pontífice", José Herrero, el inspirado traductor de Heine; Fernández Shaw, que había conseguido súbita popularidad con una brillante velada en el Ateneo; Manuel Paso, a quien acosábamos los amigos para que nos recitase sus "Nieblas" incomparables; Jurado, que creía perdidos los días que no dedicaba por entero a hablar de la actualidad literaria; Ansorena, que todavía hoy mantiene el puesto de honor entre los literatos jóvenes (1); González Serrano; Sánchez Pérez; en fin,

(1) El doctor Verdes Montenegro escribía esto en febrero de 1899.

José de Roure, espíritu complejo, escéptico de buen humor, que silvelizaba siempre y a propósito de todo, pero sin mala intención, por puro "dilettantismo", última y contemporánea encarnación del espíritu de Demócrito".

Añade el culto médico y escritor que, en los últimos años de su vida, lloraba cuando alguno de sus amigos íntimos iba a visitarle. "Ruben Darío y yo—añade—produjimos esa pena, no hace muchos días, al incomparable poeta, y salimos de su casa profundamente conmovidos. Sin duda esas visitas remueven en su alma recuerdos de tiempos, como pasados, mejores."

Manolo Paso, conocedor de estas tristezas de Campoamor, procuraba desvanecerlas a fuerza de bromas y de buen humor. Le escribía en verso y ponía, en verso también, la dirección de las cartas:

"A don Ramón de Campoamor,
gloria de las patrias letras,
plaza de las Cortes, 8,
piso segundo derecha."

Al morir su esposa, experimentó el poeta una pena de la que en vano trataron de consolarle sus amigos. Mudóse de casa, yendo a vivir a la calle de Recoletos, número 19 y su vida se hizo más reconcentrada y sombría.

Pasábase las horas muertas en el Retiro, rodeado de las niñas que allí jugaban y "tirando a los pájaros". Roure refiere en "Blanco y Negro" estos

apacibles ratos del poeta, "cuando iba por las tardes al Retiro, llevando en los bolsillos un lápiz, un tirador de goma y un cucurucho de caramelos. El lápiz, para escribir versos; el tirador de goma, para espantar pájaros disparándoles piedrecitas que, por torpeza del tirador o por propósito del mismo, no les herían nunca; y el cucurucho de caramelos, para distribuir éstos entre todas las amigas que hallaba al paso, a las cuales les decía una flor, les daba un caramelo y les dedicaba una dolora. Era entonces el tirador de goma, o el tirabeque, arma favorita de los golfos madrileños, y el Retiro estaba lleno de mozalbetes desarrapados cazadores de pájaros. Estos infelices no gozaban un momento de tranquilidad, y para terminar una canción tenían que subirse a las ramas más altas de los árboles. El gran poeta rivalizaba con los golfos en el deporte de las piedrecitas, y más de una vez se habrán preguntado "El Ratón viejo" y "El Vihuelas": ¿quién será ese señor de patillas blancas que tira tan mal a los pájaros?" ¡Un señor al cual le concede la patria una corona... porque no hirió a ninguno! Y mientras sus manos manejaban con tanta torpeza el tiragomas, su pensamiento labraba un diamante, tallaba en una idea las facetas del verso. Hundíase en los bolsillos el terrible tirabeque y aparecía en la mano diestra del cazador el lápiz. ¿Papel? No hacía falta. Era una humorada; dos versos, una adivinación, una genialidad, el roce de una gran idea. ¡Al puño de la camisa! En él escribía el poeta sus versos, ¡versos inmortales, a pesar de la lavandera! Y satisfecho

de su caza incruenta y de la humorada escrita en el puño izquierdo de la camisa, encaminábase a los paseos concurridos del Retiro para distribuir su provisión de caramelos. ¡Qué guapas y qué jóvenes encontraba a todas sus amigas! ¡Qué cosas tan agradables les decía! ¡Cuántos caramelos les daba y qué bien sabía confesarlas!...

En la misma gran revista literaria publicó también Campoamor, el día 7 de Enero de 1893 unas "declaraciones íntimas", que son la verdadera síntesis del espíritu del excelso poeta. Hélas aquí:

Rasgo principal de mi carácter ... La indisciplina

Cualidad que prefiero en el hombre... El candor

Cualidad que prefiero en la mujer... La inconsciencia.

Mi principal defecto.... No saber decir que no.

Ocupación que prefiero... Leer

Mi sueño dorado... Dormir sin soñar.

Lo que constituiría mi desgracia... Haber nacido rey.

Lo que quisiera ser... Criado de mi mismo.

País en el que desearía vivir... En el que me encuentro.

Color que prefiero...Todos los colores atenuados.

Flor que prefiero... La rosa.

Animal que prefiero... Ninguno.

Mis prosistas favoritos... Las mujeres que me escriben cartas.

Mis poetas favoritos... Horacio. (1)

(1) Véase cuán profundamente se modificaron con los años el

Mis pintores favoritos... Velázquez.

Mis compositores favoritos... Meyerbeer.

Mis políticos favoritos... El alcalde de Alcoy que dejaba que cada uno se arreglase como pudiera.

Héroes novelescos que más admiro... El rey de Ibetot montado en burro.

Héroes que más admiro en la vida real... Los Juan Soldado.

Manjares y bebidas que prefiero... Los huevos, las patatas y el vino aguado.

Nombres que más me gustan... Los de Guillermina, Manuela y Rafaela que son los de mi mujer, mi madre y mi hermana.

Los que más detesto... A los que se las echan de mejores.

Hecho histórico que más admiro... La retirada de Carlos V al convento de Yuste.

Reforma que creo más necesaria... La de la Nación.

El don de la Naturaleza que desearía tener... No conocer a los hombres.

Cómo quisiera morirme...De ninguna manera.

Estado actual de mi espíritu... El de "dejad hacer, dejad pasar".

Faltas que me inspiran más indulgencia... Las del corazón.

---

carácter y los gustos de Campoamor. Cuando niño, y por la aversión que le hizo tomar al latín el dómine Benito, no reconocía en Horacio méritos excepcionales. Después, el inmortal autor de la "Epístola a los Pisones" fué su poeta favorito.

XVI

CAMPOAMOR, GLORIFICADO

LA CORONACION DEL POETA. — SU NEGATIVA ROTUNDA. —MARIO Y ROMERO ROBLEDO.— REPRISE DE "CUERDOS Y LOCOS". — CAMPOAMOR E IBSEN.

Con esa inoportunidad substantiva en todas las iniciativas españolas, se quiso coronar públicamente a Campoamor, cuando éste, que estaba muy próximo a cumplir los ochenta años, no podía aceptar los inconvenientes y las incomodidades que tal idea había de ocasionarle. Ciertamente, tiempo habían tenido sus admiradores de tributarle un homenaje tan justo y tan legítimamente ganado.

Mientras Campoamor fué joven y fuerte, mientras asombraba a sus contemporáneos con aquellas maravillosas "Doloras" y con aquellos tiernísimos "Pequeños Poemas" que tanta fama le dieron, nadie se acordó de ceñir a sus sienes una corona de laurel. Este tributo debía reservarse para cuando Campoamor fuera viejo, o sea para cuando más que proporcionarle un momento de alegría, pudiera añadir

a sus achaques de valetudinario un rato de malestar.

La idea partió, noblísimamente, del ilustre actor Emilio Mario y fué secundada con entusiasmo por todos los amigos del poeta, que eran innumerables. Romero Robledo, Silvela, Cánovas, el conde de Cheste, Castelar, Núñez de Arce, Manuel del Palacio, Valera y con ellos todos cuantos representaban algún valor, por pequeño que fuese, en la política, en el teatro, en la literatura o en el arte, brindáronse a Mario para organizar solemnísimamente el acto de la coronación. La Prensa, unánimente, secundó la iniciativa, apoyándola con el más noble fervor, y el Gobierno, que presidía un íntimo amigo de Campoamor, el señor Moret, ofreció su apoyo oficial.

Todo fué inútil. La comisión encargada de visitar a Campoamor para ofrecerle el homenaje, encontró en el glorioso poeta una oposición absoluta. No hubo medio de convencerle para que aceptase la corona que de modo tan unánime se le ofrecía. ¿Es que el homenaje llegaba tarde? ¿Es que Campoamor concedía escaso valor a estas consagraciones oficiales, que, desde luego, no podían añadir una pulgada más a la magnitud egregia de su personalidad?

Emilio Mario y Romero Robledo, paladines principalísimos del proyecto, sufrieron una contrariedad vivísima. Pero mientras "El Pollo Antequerano" se resignó fácilmente a las razones—mejor fuera decir pretextos—invocados por el más glorioso de sus "húsares". Emilio Mario, con tesón laudable,

no desmayó en sus propósitos y organizó una velada teatral en honor del excelso octogenario.

Este homenaje dramático al poeta que no logró ser dramaturgo se celebró en el teatro de la Comedia y consistió sencillamente en la "reprise" de "Cuerdos y locos", que entonces obtuvo un éxito formidable y del que Campoamor, por todo comentario, dijo a unos amigos que en la velada se entusiasmaron: "No sé cómo les ha gustado a ustedes: después de haber leído a Ibsen, todo parece anticuado e insignificante".

Hay quien atribuye a despecho más que a modestia la negativa de Campoamor a aceptar el homenaje de ser públicamente coronado. Invocan para ello la razón de que Campoamor, detractor acérrimo de Quintana no quiso avenirse nunca a imitar al viejo preceptor de Isabel II. Campoamor era lo suficientemente discreto y hombre de mundo, para no revelar pensamientos tan mezquinos. Lo único cierto es que rechazó el homenaje, defraudando los proyectos de sus ilustres amigos y las ilusiones del pueblo, que hubiera querido tomar parte en la glorificación del más popular de sus poetas.

XVII

CAMPOAMOR, MUERTO

LOS INSTANTES SUPREMOS. — LA ULTIMA FIRMA. — LA MUERTE Y EL ENTIERRO. — LOS TEMORES DEL GOBIERNO. — EL PRIMER PUÑADO DE TIERRA. — HOMENAJES POSTUMOS. — UNA VELADA, UNA LAPIDA, UN MONUMENTO Y UNAS FLORES.

Don Ramón de Campoamor falleció el martes 12 de febrero de 1901, a la una y cuarto de la madrugada, en la calle de Recoletos, número 19.

Lo avanzado de la edad le había producido algunos achaques crónicos con los que en vano luchaba su robusta naturaleza.

Desde 1899 ya no podía escribir. Su mano, que tantas y tan maravillosas estrofas creó, trazaba entonces unos garabatos que nadie más que él entendía y que dictaba a algunos de sus sobrinos. Un año después le costaba tal trabajo sostener la pluma que no quería ni aún firmar.

Su última firma la puso en el álbum de la insigne actriz Matilde Moreno, y al terminar, dijo:

—Ya no puedo más. Este será el último trazo. Bastantes ha hecho esta pobre mano tan vieja.

Las dolencias crónicas del gran poeta se agravaron el día 6 de febrero y el 9 confesó. En los últimos años de su vida tenía la costumbre de confesar todos los meses, desmintiendo así la leyenda de su volterianismo.

El día 12, el médico de cabecera, doctor Tous, le encontró tan mal que advirtió a la familia la proximidad de la muerte. La familia dispuso que se le viaticara, como así se hizo, a las diez de la mañana. Desde el día anterior, el ilustre enfermo ya no podía hablar.

Como decimos antes, falleció a la una y cuarto de la madrugada, más que de verdadera enfermedad, de paralización de la vida, de debilidad medular y cerebral que acabó con todos los movimientos nerviosos. "Murió—decía "El Imparcial"—como la luz de una lámpara que se extingue, sin un movimiento y sin pronunciar una sola palabra. A las tres de la tarde el rostro del cadáver estaba blanco como el mármol, sin ninguna huella de sufrimiento y de agonía."

En el momento de morir, le rodeaban sus sobrinos don Ramón de Campoamor, los señores de Valdés y otros y su amigo íntimo don Ezequiel Ordóñez.

Se le amortajó, según dejaba dispuesto, con hábito del Carmen, y se le instaló en el despacho, convertido en capilla ardiente. No hubo necesidad de quitar los estantes de la librería ni la mesa de traba-

jo y sí únicamente el sillón de gutapercha negra.

Los periódicos de la mañana publicaron la noticia de la muerte, que se extendió rapidísimamen- por Madrid, causando vivísimo sentimiento. Inmediatamente llegaron a la casa para firmar en las listas de duelo, numerosas personas de todas las clases sociales, entre las que se encontraban políticos, periodistas, literatos y artistas. Uno de los primeros en firmar, fué Nuñez de Arce, que estaba profundamente conmovido, hasta el extremo de saltársele las lágrimas. La última firma de la lista la estampó el insigne patricio don Nicolás Salmerón.

El primer telegrama de pésame que se recibió fué el del catedrático de la Universidad de Oviedo, don Fermín Canella.

Cuando el Gobierno, que presidía el general Azcárraga, supo el fallecimiento de Campoamor, se reunió en Consejo, acordando proponer a S. M. la reina Regente que el entierro fuese oficial y por cuenta del Estado, y al día siguiente 13, apareció en la "Gaceta" el siguiente Real Decreto:

"Ministerio de Instrucción Pública y Bellas artes.— Exposición.— Señora: Campoamor ha muerto.— Las letras españolas están de luto.—El Gobierno sabe que V. M. enaltece en toda ocasión a los hombres ilustres, e interpretando a la vez el sentimiento público como representación del Estado, desea dar ante el país manifiesta prueba de alta consideración al poeta eximio, gloria de su tiempo y honra de la Patria.

"A esta manifestación de duelo unánime se asociarán seguramente todas las Academias y Centros de cultura, demostrando con su presencia la alta significación del insigne muerto en la literatura nacional.

"Honrar a los muertos de verdadero mérito, como homenaje rendido a los explendores del saber y a los dones de la inteligencia, es un deber para todo pueblo culto; dar testimonio de estas consideraciones, raras veces prodigadas, constituye hermoso ejemplo, estímulo fecundo, muestra de gratitud y debido premio de justicia.

"El duelo es nacional; se asocia a él, desde las alturas del Trono, V. M., símbolo de la Patria; el Gobierno, representación del Estado; las distintas Academias, Congregaciones ilustres de la literatura, de la Ciencia y del Arte; el país en masa, que habiendo aplaudido cuando vivo las relevantes muestras de su genio, le acompañan muerto para rendirle el postrer tributo de admiración, elevando hasta el Altísimo sus oraciones por el eterno descanso de su alma.

"Fundado en estas consideraciones, el Ministro que suscribe somete a la aprobación de V. M. el siguiente proyecto de decreto.

SEÑORA

A. L. R. P. de V. M.

Antonio García Alix

Real decreto

"A propuesta del Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes y de acuerdo con el Consejo de Ministros;

"En nombre de Mi Augusto Hijo el Rey D. Alfonso XIII, y como Reina Regente del Reino,

"Vengo en decretar lo siguiente:

"Artículo 1.°— La conducción del cadáver y entierro de D. Ramón de Campoamor serán costeados por el Estado.

Artículo 2.°—Por el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes se invitará a las Reales Academias, Universidad, Ateneo de Madrid y demás Centros de enseñanza y de cultura a que tomen parte en esta manifestación de duelo.

"Igual invitación se hará a las Corporaciones y funcionarios dependientes de los distintos Departamentos ministeriales.

"Artículo 3.°— Por el referido Ministerio se dictarán las disposiciones necesarias para la ejecución de este decreto.

"Dado en Palacio a doce de Febrero de mil novecientos uno.

María Cristina

"El Ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, Antonio García Alix."

En cumplimiento de la anterior disposición, a primera hora de la mañana del día 13, el cadáver de Campoamor fué llevado al Ministerio de Instruc-

ción pública y Bellas Artes e instalado en la Gran rotonda, cuyas paredes se habían tapizado con negras colgaduras. En el centro, sobre un túmulo de terciopelo, fué colocado el cadáver, vestido, como hemos dicho antes, con hábito del Carmen y teniendo colgada al cuello la medalla de académico.

Durante toda la mañana y en dos altares dispuestos a los lados del féretro se dijeron Misas, que oyeron muchas personas, entre ellas bastantes damas. También acudieron al Ministerio Comisiones de todos los centros literarios y artísticos y un público enorme, que quería ver por última vez a su poeta favorito.

De Valencia y Alicante recibióse gran cantidad de flores, que fueron colocadas en la capilla ardiente, pero que no se utilizaron en el entierro, pues por otra disposición expresa del glorioso muerto no se admitían coronas.

A las tres de la tarde, fué bajado el féretro desde la rotonda hasta la carroza fúnebre, a hombros de los familiares y amigos íntimos de Campoamor. La caja, de roble, magnífica, era un poco grande, y para evitar que el cadáver fuese dando tumbos, se había metido en ella, para nivelarla, una edición de las obras del gran poeta. Fué una idea cariñosa de uno de los sobrinos de Campoamor.

El Gobierno había tomado grandes precauciones. Por aquellos días, y con motivo del asunto de la señorita Ubao, que tanto ruído produjo y en vísperas de contraer matrimonio con el conde de Caserta la princesa de Asturias, había frecuentes al-

garadas por las calles, y creyendo que el entierro del inmortal poeta pudiese ser tomado por algunos elementos sediciosos como pretexto para alterar el orden, se dispuso una gran vigilancia. Por fortuna y aunque algún periódico extranjero dijese lo contrario, el orden no se alteró en lo más mínimo, (1) a pesar de que casi todos los concurrentes tenían que ir a pie, por no poder tomar carruaje, a causa de una huelga de cocheros. (2)

Abría la marcha una sección de la guardia municipal de caballería, en traje de gala.

Seguían después los porteros del Ministerio de Instrucción pública, Academia de la Lengua, Asociación de la Prensa y Círculos de Bellas Artes y Escritores y Artistas, con blandones encendidos.

En seguida, el clero parroquial con cruz alzada, que llevaba lujosos ternos de terciopelo bordados de oro, y unos treinta capellanes formando dos filas.

De las ocho grandes argollas de la caja pendían otras tantas cintas que llevaban el conde de Casa

---

(1) El "Mémento encyclopedique", correspondiente al mes de febrero, dijo que las exequias de Campoamor dieron lugar a manifestaciones tumultuosas, viéndose obligada la fuerza pública a cargar sobre las turbas.

(2) El ilustre escritor Pedro de Répide, a quien debemos muchos de estos detalles, nos ha referido a propósito de la huelga de cocheros, que él tuvo la suerte de poder tomar un carruaje del Ateneo, en el que invitó a subir al dramaturgo Serafín Alvarez Quintero y al ilustre artista Aureliano de Beruete, llegando con ellos hasta el cementerio.

Valencia, por la Academia de la Lengua; Núñez de Arce, por la Asociación de Escritores y Artistas; Fernández Shaw, por el Ateneo; Rosales, por la Diputación de Oviedo; el sobrino del finado, señor Campoamor, por la familia; Maisonnave, por la Dirección de Agricultura, y don Miguel Moya, por la Asociación de la Prensa.

Detrás de la carroza, seguían los amigos y admiradores del poeta en grupo nutridísimo, en el que se veían muchísimos escritores, artistas, políticos, actores, académicos, militares y gentes de todas las clases sociales. También figuraba una numerosísima comisión de la Unión Escolar, que llevaba lazos de luto en las solapas.

En pos del núcleo de acompañantes y precedida de los maceros, iba la representación del Ayuntamiento de Madrid, formada por el Alcalde, señor Duque de Sexto, y doce concejales.

Seguía al Ayuntamiento la Diputación provincial, también con maceros.

Y, en último término, el duelo, constituído por el Duque de Rivas, en representación de la Reina; don Ramón Valdés, en representación de la familia de Campoamor; el director espiritual de éste, don Rafael Calzada; el Presidente del Consejo de Ministros, general Azcárraga, con los de Instrucción pública, Gracia y Justicia y Estado; Presidentes del Senado y del Congreso, señores Silvela y Villaverde; el general López Domínguez y don Ezequiel Ordóñez.

Cerraban la comitiva dos compañías de guar-

dias de Seguridad y otra sección de municipales montados.

El fúnebre cortejo fué por el Botánico, Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol y calle Mayor hasta la Cuesta de la Vega, donde se despidió el duelo. Millares de personas presenciaron el desfile, sin que se produjese el menor incidente. Fué no sólo una gran prueba de sensatez por parte del público, sino de respeto de éste hacia el poeta muerto.

A las cinco y cuarto de la tarde llegó el cadáver al cementerio de San Justo, donde, después del responso de ritual, fué inhumado en la sepultura número 499 del patio de San Millán, en la que descansaban también los restos de la esposa de Campoamor. El primer puñado de tierra lo arrojó una mujer que llevaba un niño en brazos. Era el tributo sincero y cordial que el pueblo rendía al poeta.

Una vez muerto éste, se cayó en la cuenta de que no había recibido en vida los homenajes que mereció; que, a pesar de los buenos deseos de Emilio Mario, no había sido coronado públicamente, como lo fueron Quintana y Zorrilla; que el magnífico retrato que del poeta hizo el ilustre pintor Sala no estaba donde debiera estar... Se pensó entonces en reparar estas y otras omisiones y surgió la idea de elevar una estatua a Campoamor, discutiéndose prolijamente si el monumento debía erigirse en Madrid o en Navia y no pasando la idea de proyecto hasta que, años más tarde, lo convirtió en realidad el cincel de Coullaut Valera.

Al cumplirse el primer aniversario de la muer-

te, el Ateneo de Madrid celebró una velada en memoria de Campoamor dramaturgo, tratando de subsanar así la falta en que incurrieron los teatros, ninguno de los cuales le consagró el más pequeño homenaje a raiz del fallecimiento.

La velada se celebró el día 17 de febrero, y fué muy solemne. En la cátedra y sobre fondo blanco, destacaba el nombre de Campoamor, escrito con flores naturales.

A las cuatro de la tarde ocupó la presidencia el señor Moret, al que acompañaban Echegaray, Romero Robledo, Manuel del Palacio, Ramos Carrión y Salvador Rueda.

Abierta le sesión, Moret concedió la palabra a Ramos Carrión, presidente de la Sección de Literatura, el cual leyó un hermoso discurso en el que con gran modestia se presentaba únicamente como heraldo de la fiesta.

Manuel del Palacio leyó dos magníficos sonetos dedicados al poeta muerto.

Romero Robledo hizo una bellísima semblanza de Campoamor.

Echegaray leyó magistralmente "El tren expreso".

En seguida, diversos artistas de los teatros Español, Comedia y Lara, recitaron maravillosamente algunas de las composiciones de Campoamor: "La novia y el nido", fué dicha por Matilde Rodríguez; "Cosas de la edad", por Balbina Valverde y Nieves Suárez; "Cómo rezan las solteras", por Matilde Mo-

reno, y "¡Quién supiera escribir!", por Rosario Pino y José Vallés.

Años más tarde, en 1905, se celebró un segundo homenaje a la memoria de Campoamor. Consistió en descubrir la lápida colocada, por iniciativa del Ayuntamiento y costeada por éste, en la casa número 19 de la calle de Recoletos. La lápida fué descubierta por el alcalde de Madrid, señor conde de Mejorada del Campo, y al acto asistieron representaciones del Ayuntamiento, Academias, Círculo de Bellas Artes, Asociación de Escritores y Artistas y de la Prensa y Ateneo. La lápida dice sencillamente: "A Campoamor. 1871-1901. El Ayuntamiento de Madrid. 1904."

Otro homenaje consistió en inugurar el monumento consagrado a Campoamor y erigido en el Retiro, junto al paseo de coches, lugar que frecuentaba mucho el poeta en sus últimos años. El monumento, obra del laureado escultor señor Coullaut Valera, es sencillo y bello. Fué costeado por suscripción pública. El grupo principal lo constituye la estatua del poeta, sentado y rodeado de Rosa, Rosaura y Rosalía, "Las tres Rosas". Está ejecutado en mármol. A los lados, hay dos preciosas esculturas en bronce que representan a "El Gaitero de Gijón" y al cura y la aldeana de "¡Quién supiera escribir!".

La inauguración se celebró en la tarde del 18 de febrero de 1914, y el acto consistió simplemente en el discurso pronunciado por el presidente de la Comisión organizadora señor González Besada para

hacer entrega del monumento al alcalde señor vizconde de Eza.

El último homenaje a la memoria de Campoamor se verificó el día 24 de septiembre de 1917, centenario del nacimiento del poeta. Más que homenaje oficial fué un acto de cariño organizado por los amigos y admiradores de Campoamor, que llevaron al monumento de éste el humilde y fervoroso tributo de unas flores. Emiliano Ramírez Angel y yo tuvimos el honor de asistir a este homenaje, único al que, por nuestra edad, pudimos asistir. Hacía un calor sofocante. Bajo el oro implacable del sol, la fronda del Retiro acusaba más su lozanía verde y deslumbraba con alburas de nieve el mármol del monumento. Unos cuantos señores pronunciaron, académicamente, unos cuantos discursos. Nosotros los oímos con más emoción que entusiasmo. Arrojamos a los pies de la estatua nuestras pobres flores y lentamente, bajo la pesadumbre del sol y bajo la pesadumbre del recuerdo, también ardoroso, del gran poeta, descendimos, por Angel Caído, al Botánico, hacia la "feria de libros".

Ramírez Angel, siempre discreto pensador y algo amargo filósofo, me decía:

—¿No te parece que Campoamor merecía algo más? Cualquiera diría que nos vamos olvidando de él, precisamente ahora, en que, a pesar de los modernistas, vamos comprendiéndole . . .

Epílogo

CAMPOAMOR, JUZGADO POR LA CRITICA

P. CEFERINO GONZALEZ. — JULIO CEJADOR. — ALEJANDRO PIDAL. — P. BLANCO GARCIA. — RUIZ AGUILERA. — MANUEL DE LA REVILLA. — GINER. — VALERA. — ANDRES GONZALEZ BLANCO. — MR. QUESNEL. — BORIS DE TAMNENBERG. — ALONSO MARTINEZ. — VENTURA DE LA VEGA. — ACOSTA. — CLARIN. — SANCHEZ MOGUEL. — CASTELAR.

Quedaría aún más incompleto de lo que está este modestísimo trabajo si en él prescindiéramos de todo juicio acerca de la eminente personalidad de Campoamor y nos limitásemos a escribir la biografía del poeta. Sin embargo, como por elementales razones de incompetencia, no entra en nuestros cálculos intentar hacer una crítica del glorioso autor de "El Drama Universal" y no queriendo, por otra parte, dejar en nuestra obra este vacío, que tanto habría de notarse, reproduciremos, a guisa de epílogo, algunos de los muchos y encontrados juicios que Campoamor ha merecido a los más ilustres autores modernos. Ello compensará al lector de los frecuentes yerros cometidos por nosotros.

La multiplicidad de los aspectos y actividades que ofrece la vida de Campoamor hubo de ser siempre muy propicia para que la crítica—que no siem-

pre tiene serenidades y nobleza de gran señora, si no que, a veces, encarna descocos y envidias de mujerzuela — se detuviese ante nuestro poeta con más atención y más prejuicios que ante otros escritores contemporáneos. Campoamor fué, efectivamente, muchas cosas que otros no consiguieron ser: fué gobernador de provincia—cargo más pingüe, cómodo y, por ende, más anhelado hace ochenta años que ahora—diputado a Cortes y Senador del Reino—prerrogativas que ayer como hoy constituyeron el incentivo de muchos ambiciosos mediocres—,Director general y Consejero de Estado. Fué también poeta, filósofo, periodista, dramaturgo, con nota de sobresaliente "nemine discrepante" en lo primero y con la de aprobado, por lo menos, en lo demás. Y fué, por último,—y esto es lo más peliagudo—un hombre de posición que podía permitirse el lujo de vivir en una casa confortable, comer con manteles limpios y en vajilla de plata manjares delicados, pasear en coche propio, vestir abrigo de piel—¡oh, maravilla!—regalar sus versos a los editores para que los publicasen como les diera la gana . . .

En estas condiciones no hay hombre alguno, por muy santo que sea, que pueda librarse de los alfilerazos constantes de la crítica, y no de la crítica reflexiva y lógica, desapasionada y sincera—la gran señora—sino de la crítica ruín, despechada y envidiosa—la mujerzuela. El que quería juzgar a Campoamor siempre encontraba ocasión oportuna y momento propicio. Para el hombre de buena fé era el poeta ilustre, autor de composiciones delicadísimas,

el filósofo profundo, creador de obras beneméritas, el periodista de gran cultura, el político de acrisolada honradez. Para el hombre de mala fé era el dramaturgo deleznable, el fabulista mediocre, el académico dormilón, el diputado de la mayoría. Para los espíritus abiertos a la transigencia y respetuosos con todas las ideas, era el pensador serio, lleno de reposo y de ecuanimidad; para los espíritus mezquinos e intransigentes, era el escritor escéptico, frío e inadaptable. Para los moderados era un liberalote; para los liberales, un retrógrado. Para los católicos, un volteriano; para los ateos, un ultramontano . . . Y en esta antitética apreciación, unos y otros, los de aquí y los de allá, los de esta acera y los de la acera de enfrente, tenían siempre algo a que agarrarse cuando perseguían el noble fín de molestar al poeta.

Copiar todos los juicios de que éste fué objeto sería el cuento de nunca acabar. Nos limitaremos, pues, a reproducir algunos, prescindiendo, naturalmente, de los que de un modo sistemático, por rencor, por enemistad o simplemente por envidia, atacaron a Campamor y reproduciendo sólo aquellos que de un modo franco y noble le analizaron.

El punto más vulnerable de Campoamor fué siempre su decantado escepticismo. Aquí es donde más se ensañan sus enemigos y donde más se alborozan sus amigos. "Se cuenta —refiere el ilustre doctor Verdes Montenegro en su Estudio literario acerca del gran escritor—que interpelado por el señor Pidal el P. Ceferino sobre la parte moral de los versos de Campoamor, después de una lectura dada

por el poeta, hubo de responder: "¿Qué parte moral? . . . "La contestación—añade Verdes Montenegro—es digna del clarísimo entendimiento del P. Ceferino. Efectivamente, pero no todos tienen la inteligencia, la sensatez y mucho menos la tolerancia del sabio prelado. "Los Catones cejijuntos—dice el señor Cejador en su "Historia de la Lengua y Literatura castellana"—han arremetido, lanza en, ristre contra las salidas humorísticas del bueno de Campoamor con la misma infantil severidad con que otros han pretendido aquilatar en su no menos humorística filosofía, sin hacerse cargo de que los versos eran juguetes para el poeta y por tales los regalaba a sus lectores, que bien sabía no habían de andar entre varones ascéticos ni místicas esposas del Señor, sino entre la gente "non sancta" de este pícaro mundo, a quienes las picardehuelas poéticas no habían de enseñar lo que, por desgracia, tenían harto sabido. No es para otra cosa que para reída la candidez con que el severo don Alejandro Pidal, tendiendo el paño y alzando majestuoso las manos al cielo, exclama, todo escandalizado de pies a cabeza: "En Campoamor todo parece inocentísimo, pero no os fieis: por entre los nacarados y olorosos pétalos de la flor... asoma su dardo venenoso el áspid. Alguien ha comparado las poesías de Campoamor con un pomo del Renacimiento cincelado por Benvenuto, que, en vez de bálsamo salutífero, encierra una ponzoña mortal. Seduce a los ojos por lo gentil, se toma entre las manos como un juguete. Sin saber cómo, su filo acerado hace correr un poco de sangre;

el veneno se desliza con el torrente de la circulación y, cuando queréis acordaros, el frío de la parálisis ha invadido vuestro corazón."

En cambio, el Padre Blanco García, a quien en modo alguno podía el señor Pidal dar lecciones de ética, dice en "La literatura española en el siglo XIX": "La buena o mala tendencia de las "Doloras" ha de encontrarse cada una de por sí y sólo en este sentido cabe disculparlas. No es preciso para ello remontarse muy alto, sino considerar bien por un lado cuánto menos inmoral es (ya que de inmoral se trata) la preconización del desengaño, causa del aborrecimiento a los placeres, que las ditirámbicas alabanzas de un amor siempre sospechoso, cuando no positivamente reprobable. No es que haya querido hacer Campoamor sermoncillos cortos y en verso, sino que ese fondo de escepticismo supone o confirma las más amargas verdades de la justicia cristiana. Las consecuencias de las "Doloras" revisten, es cierto, formas demasiado absolutas; su moralidad, tiene mucho sabor epicúreo, pero siempre más inocente que el de la poesía erótica. Por otra parte, cuando Campoamor nos dice que el cariño es sólo un nombre, que la dicha, la virtud y la esperanza no existen en la tierra, está muy lejos de negar la realidad, refiriéndose únicamente a la escasísima suma que de todas esas cosas suele haber en el alma humana. No es lugar a propósito la poesía, como lo son las obras filosóficas, para andar en distinciones y minuciosidades, y de ahí que la falta de

exactitud resulte tan venial en la una como en las otras inexcusables."

"¿La dolora es, o ha querido su autor que sea—preguntaba el delicadísimo poeta y concienzudo crítico Ventura Ruíz Aguilera en su "Prólogo a la octava edición de las Doloras"—una obra didáctica, una obra docente? Yo creo que no; Campoamor tiene una idea más alta de la poesía. La poesía es, en su esencia, la expresión desinteresada y exclusiva de lo bello, independientemente de lo útil; lo bello posee en sí mismo la virtud y la eficacia suficientes para interesar. El poeta que, al coger la pluma, dice para sí: "Voy a enseñar moral; voy a explicar filosofía, historia, religión, política, etc. etc., de sacerdote de Apolo, se convierte en pedagogo o sacristán; en vez de lira, debe tomar la palmeta y las disciplinas, y calarse las gafas de dómine o despojándose de su alba túnica, ponerse una sotana, subir al púlpito y con la elocuencia de un buen misionero o con la estrafalaria y gárrula facundia de Fray Gerundio de Campazas, realizar su intento laudatorio. No y mil veces no; Campoamor es moralista, filósofo y teólogo, porque aunque quisiera, no podría menos de serlo; porque la naturaleza de su genio le impele irresistiblemente en esa dirección; porque su temperamento, sus inclinaciones y hasta los estudios en que se emplea, le conducen a ese terreno. O no es verdad aquello de que el estilo es el hombre—frase atribuída a Buffon, si mal no recuerdo, aunque pronunciada siglos antes por un español—o las "Doloras" representan la individualidad psicológica de

Campoamor y son un reflejo de sus creencias sobre varias cuestiones trascendentales. Pero Campoamor no moraliza ni filosofa con homilias y discursos en variedad de metros: hijo hasta la médula de sus huesos de un siglo escéptico y materialista, cantor de un mundo que enseña como otro Job— sin la santidad de Job—la podredumbre de su alma, sentado sobre el muladar de sus miserias, entona sus salmos, sus dolores crueles, unas veces con pavoroso acento, otras con voz que tiene algo de siniestra, ora embriagándose en las locuras de un sarao, ora aspirando el delicioso aroma del café; pero mostrando siempre con brazo inflexible la llaga inmensa de la sociedad. En sus cantos parece que palpitan sordamente, que se oyen los golpes de zapa que van minando los cimientos de la sociedad."

Conforme con esta opinión, y haciendo de la moralidad o inmoralidad del poeta, cuestión de ambiente, dice don Manuel de la Revilla: "Campoamor es, a la vez, reflejo exacto de su época y de su país; esa poesía escéptica, amarga o irónica, es la única propia de estos tiempos de crisis y de duda. (1) El poeta de hoy no puede tener ideal, porque el siglo tampoco lo tiene. Su canto ha de ser desconsolador y negativo,

---

(1- El propio Campoamor afirma esto mismo, al decir: "La poesía verdaderamente lírica debe reflejar los sentimientos personales del autor en relación con los problemas propios de su época . . . En todas las edades soplan unos vientos alisios de ideas que se estilan, y hay que seguir su impulso, si no se quiere parecer anacrónico. ("Poética", cap. IV).

amargo y desesperado, o indiferente y frío, según su temperamento."

"En un siglo—dice don Francisco Giner—en que la desorganización de que no han logrado salir todavía las esferas sociales públicas (desorganización que se deja sentir muy especialmente entre nosotros) hace tan difícil vivir en una sola de ellas, el autor de las "Doloras" rompe valerosamente con esa dificultad, y poeta, filósofo y político, pretende los laureles de la fama nada menos que en tres distintos conceptos. Cuán de agredecer sea su intento no es menester ponderarlo después de las consideraciones que anteceden; y son verdaderamente dignos de severa censura los que, movidos de frívolo menosprecio por todo fruto del espíritu nacional o de injusta impaciencia por no ver a éste sacudir milagrosamente en un día el entumecimiento de dos siglos, o de ciegas preocupaciones académicas, o aún de sentimientos ruínes, harto comunes, por desgracia, en todo país y en todo tiempo, desconocen el alto valor que indudablemente corresponde a las producciones del escritor de "Lo absoluto".

Para "las derechas", como ahora se dice, fué Campoamor poco menos que un aborto del infierno. Al paladín de esas "derechas", el señor Pidal, ya mencionado antes, merece concretamente el glorioso vate este juicio: "Campoamor recibió de Dios los más prodigiosos dones, los dones más a propósito para llenar una misión cuya fórmula el mismo Campoamor nos ha dejado. El hombre que escribió como lema y blasón de su carrera literaria: "La metafísi-

ca limpia, fija y da esplendor al lenguaje", hubiera realizado en su propia personalidad el filósofo-literato o el literato-filósofo, que tanto necesitaba la cultura patria. Por ese camino le llamaba Dios... pero él prefirió seguir por el que le llamaba el diablo; y en vez del pensador serio, investigador y fecundo que arrancase nuevos secretos a la realidad interrogada por su genio apremiante y poderoso, ha preferido ser el ingenioso y chispeante sofista que todos conocemos; y en vez de ser el poeta de las grandes ideas y de los grandes sentimientos que llamase con su inspirada voz el corazón a lo alto, es el poeta... que... ¡todos! leemos; filósofo y poeta tanto más perjudiciales cuanto más resplandece en sus producciones el genio que ha recibido de lo alto."

Que este juicio acerca de Campoamor debía de estar muy extendido lo demuestra el hecho de que un hombre tan ponderado, tan serio y tan reflexivo como don Juan Valera diga, hablando del poeta de las "Doloras": "En sus versos de amor se descubre siempre al materialista. Cuando se encuentra poseído de un amor más santo, tiene el buen instinto de dedicárselo a Dios, pidiéndole perdón de sus culpas. Mas, por lo común, ni le aqueja ese deseo de lo ideal y de lo ultramundano, ni su carácter alegre permite que los remordimientos vengan a perturbarle a menudo... Campoamor es un furibundo pagano, y se podría poner en duda su salvación si, como ya he dicho, no se arrepintiese de vez en cuando de sus extravíos y pidiese a Dios perdón de ellos humildemente. Mas por desgracia y por una singular anomalía, cuando hace

por ganar la gloria del cielo con estos actos de contrición, es cuando menos gloria poética adquiere; y cuando más poeta se nos figura, es cuando está menos místico y contrito. Quédense, pues, sus poesías místicas y contritas para que Dios se las pague y descuente de sus pecados, y hablemos nosotros de las profanas y alegres."

Si esto era así, si Campoamor merecía este juicio, no por irónico menos generalizado, ¿cómo se explica que las obras del poeta circulasen libremente, sin que nadie pusiera obstáculos a su difusión? Don Manuel de la Revilla nos lo explica: "Esta poesía escéptica en más alto grado que la de Espronceda, es saboreada con deleite por una sociedad que de creyente se precia. Damas aristocráticas que contribuyen al dinero de San Pedro y son enemigos del artículo 11; gentes que se cuentan en el número de las "personas sensatas que tienen que perder"; niñas románticas y llenas de ilusiones devoran con placer estas máximas que en otros labios les parecieron impías, escandalosas y dignas de anatema. ¿A qué se debe este singular fenómeno? ¿Cómo este poeta revolucionario y heterodoxo es el niño mimado de las altas clases? A nuestro juicio, a la "perfidia" de Campoamor, que, semejante a la serpiente bíblica, sabe revestir de bellos colores el fruto envenenado que entrega a las Evas y Adanes de esta generación. Un ligero toque de sentimentalismo, tal cual nota piadosa mística, alguno que otro alarde de respeto a las creencias tradicionales, que recuerda involuntariamente las reservas de Montaigne, los distingos de

Descartes y la devoción de Rabelais, bastan para que Campoamor pueda deslizar impunemente sus venenosas doctrinas. "Il connait son public, ce gaillardlá" y no le cuesta gran trabajo rociar con agua bendita sus audacias volterianas y sus arranques escépticos y pesimistas, dignos de Kant y de Schopenhauer".

¿Eran efectivamente cuestión de marrullería aquellos desplantes escépticos con que Campoamor nos desconcierta a veces? ¿No obedecían a un sentimiento íntimo sino a una postura exterior y falsa? El ilustre crítico don Gumersindo Laverde Ruíz ha salido al paso de las anteriores preguntas con las siguientes palabras: "También ha sido censurada—y esta es cuestión más grave—la tendencia moral de la "Dolora", tachándola de escéptica, cuando no de materialista. No negaremos que entre los diferentes géneros literarios hay unos más peligrosos que otros bajo este punto de vista. El epígrama es más resbaladizo que el soneto, la anacreóntica más que la oda sublime, la novela más que la historia. ¿Podrá deducirse de aquí que la novela, la anacreóntica y el epígrama son esencialmente inmorales? No en verdad. Así como hay historias, odas sublimes y sonetos llenos de impiedad y de lascivia, así tambien existen epígramas, anacreónticas y novelas inocentes y aún laudables bajo el aspecto de la moral y la religión; por donde se patentiza que ninguno de estos géneros es en sí mismo reprensible, sino que lo vituperable es el abuso que de ellos han hecho algunos escritores, convirtiéndolos al culto de ideas perniciosas

y de pasiones impuras. Otro tanto decimos de la "Dolora". Préstase indudablemente a la expresión de pensamientos livianos y escépticos; mas de aquí no se sigue que le sean connaturales la liviandad y el escepticismo.Muchas veces no hay forma más a propósito para la manifestación del sentimiento cristiano. De ello tenemos palpables ejemplos en las "Doloras" de Campoamor."

La crítica moderna, tanto más imparcial y razonable cuanto más distante de Campoamor, a quien no puede ya perjudicar o favorecer en vida y sí sólo hacer justicia después de muerto, ha emitido acerca del poeta juicios mucho más serenos que los de sus contemporáneos. Andrés González Blanco, joven e ilustre pensador a quien recientemente hemos tenido la desgracia de perder, encauzó en estos términos el manoseado problema de la moralidad de Campoamor: "Toda la cuestión está reducida a saber si fué un espíritu pagano o cristiano. Se suscita la cuestión de saber si nuestra civilización es pagana o cristiana. El último argumento de los anticristianos ha sido pulverizado por los ardientes defensores del cristianismo, que los han batido en brecha con todo denuedo. Nuestra industria moderna, presentida por Bacon, no es, como se quiso creer por algunos, anticristiana, ni siquiera indiferente: sino que deriva "recta via" del cristianismo. Campoamor no podía estar tan desviado de su época, que fué profundamente cristiana. No llegó a conocer los efectos perturbadores de la filosofía nietzschiana, que hoy están laborando en las entrañas de la sociedad. En general:

todo el siglo XIX, en el que tanto se ha alardeado de irreligiosidad, no dejó, sin embargo, jamás de ser cristiano. "Cuerdo como un niño cuerdo,—decía en las postrimerías de ese siglo un anticristiano, un inmoralista, Remigio de Gourmont,—el siglo XIX jamás soltó la mano de su Madre la Iglesia". El gran poeta de las "Doloras", cantor como pocos de las luchas de su siglo, nunca se disoció de la idea cristiana que predominaba. Si algunas veces aparentó paganismo, fué un paganismo puramente de exterior y de detalle. En la entraña, en el núcleo, en la esencialidad, fué siempre cristiano... Un sincero cristiano y espiritualista: con una adoración más bien artística que sentida, por la Venus de Milo. Si algo le atraía en el paganismo, era precisamente lo deleznable, lo perecedero, lo formalista: conservaba como vestigio de la educación clásica un vago culto de idolatría. También estimaba que el catolicismo amalgama por sabio modo la elevación espiritualista con la pompa exterior y así tiene todas las grandezas del paganismo sin sus inconvenientes; de los cuales es fundamental el politeismo que engendra. Por eso a veces encerraba sus amargas "pillulae" cristianas en envoltura pagana; y así se debe interpretar el hecho de que su poesía (que a veces se decía heterodoxa) circulase como buena moneda y oro de ley entre gente rigurosamente ortodoxa...Decir que Campoamor es el poeta del desengaño será acaso sentar una apreciación demasiado general; pero al menos no es insultarle, como hacen los inciviles y necios que le llaman positivista. Campoamor fué un poeta de su siglo porque

nadie puede sustraerse a este influjo, y su siglo, como edad ya adulta que era, no podía asentir a los infantilismos cándidos, propios de la puericia, cuando todavía se está oyendo runrunear en los oídos la canción de una nodriza bobalicona. Es un desengañado, no un iluso ni un embebecido; pero tampoco uno de esos escépticos rayanos en el cinismo, que dicen con Chamfort: "La verité chez les femmes, je ne l'ai trouvez que chez les danseuses". Campoamor muestra la vida tal como nos la ofrecen los datos de la experiencia y del común consenso; si de aquí se infieren conclusiones pesimistas, el pesimismo está en la vida, no en el poeta... Campoamor no fué un escéptico ni un pesimista más que hasta donde puede serlo un hombre superior. Nunca llegó a cantar, como Leopardi, "la gentilezza del morire", ni menos pudo expresarse en los términos tan duros para la vida en que el poeta de Recanati lo hizo... El escepticismo de Campoamor es simplemente el escepticismo de un hombre de mundo corrido, muy ladino y sagaz, que ve que todo marcha de cabeza y sólo trata de corregirlo en cuanto puede, pero no de reformarlo radicalmente. Es el escepticismo del tedio, muy natural en quien ha vivido mucho y visto muchas cosas."

Otro crítico moderno y competentísimo, Julio Cejador, ahonda más aún en el espíritu del poeta, cuando al hablar de las "Dolloras" dice: "Son elegías del alma, "dolores" del alma; pero femeninos, acabados en "a"; del alma que, levantándose sobre los acaecimientos mundanales, ve claramente que le es imposi-

ble evitarlos y queda como aplastada, consolándose filosóficamente, con cierta sonrisa de sabio, que pone en sus elegías una gota nada más de hiel, desleída por la consolación filosófica hasta tomar color de humorismo, de sátira filosófica. ¿De qué se dolía Campoamor? Más que de sí propio, de la humanidad entera. Era la inteligencia, que por todos ve, como verdadero vate; el corazón, que por todos siente; la voz, que por todos canta. Buscó en la Religión, en las ciencias todas, algo que apagase su sed de lo infinito; enseñáronle puerilmente la Religión; el terror le hizo pensar en hacerse jesuíta; la Medicina, la Historia Natural, las Matemáticas, la Astronomía no le dijeron nada del corazón del hombre, tan nada como el pueril terror religioso que con la Religión falseada en el corazón le pusieron. Lo que en sí veía vió en los demás: el siglo, perdida o bastardeada la Religión, buscaba a satisfacer su ansia de verdad en las ciencias; pero las ciencias no descubren el velo, lo analizan, se entretienen en contar sus lizos, en medir los átomos, en analizar el jugo pancreático, en señalar el momento y duración de un eclipse, en probar que tres más dos no pueden ser más ni menos de cinco. El alma humana busca un más allá, vuela inquieta por todo, lo requisa todo y, cansada de no hallar lo que busca, cae tronzada en tierra y, viendo que otros llegan tan ansiosos detrás de ella, pesquisan, mariposean en balde, consuélase con una sonrisa filosófica, con la tenue sátira del humorismo. Esa es la dolora, la alegría filosófica y femenina, elegía breve, diríase un corto

¡ay! arrancado del corazón desengañado, pasando por la cabeza del sabio... Campoamor se hizo portavoz del escepticismo de su tiempo, resucitando el humorismo en España, como Heine en Alemania, la suave ironía filosófica ante el trascendental problema de la vida... Campoamor y los poetas verdaderos no enseñan nada más que belleza, y la belleza no puede ser inmoral; lo demás para el poeta es materia con la que teje la belleza que nos regala. Campoamor hace belleza con el escepticismo de su tiempo, como otros poetas lo hacen con otra cosa."

Como si el propio Campoamor quisiera dar la razón a los críticos que negaban su escepticismo o que, reconociéndolo, no tenían el mal gusto de alarmarse ante él, dice así, con una sinceridad digna de sus sentimientos siempre nobilísimos: "Resulta que las gentes cortas de alcances califican las "Doloras" de escépticas. Y por cierto que al consignar esta frase se renueva en mí una herida, por la cual mi corazón brota sangre todavía. La última vez que estuve en mi país natal, un cierto cacique, a propósito de mis primeras "Doloras", ejerciendo un magisterio oficioso y desleal, hizo creer a ciertas gentes, que sabían que me habían educado en el santo temor de Dios, que yo era un verdadero escéptico. Dando a esta palabra un sentido que no tiene, algunas personas que habían sido el amor y la alegría de mi infancia me recibieron con esa frialdad con que hasta las almas piadosas suelen mirar a los tildados de un poco réprobos. No nombro al don Basilio, co-

rredor de la calumnia, porque sé que después, con más ilustración, se arrepintió del mal que me había hecho, cubriendo con aquella sombra negra la historia de mi vida. (1). ¡Escépticas algunas "Doloras" ! Tal vez; pero ésto ¿quién lo dice? Lo dicen esos pesimistas por ignorancia, que, castrando la naturaleza, quisieron convertir la castidad absoluta en una virtud que desterrase esta maldita raza humana de este maldecido haz de la tierra. Lo dicen esos pesimistas que, tomando en el sentido más brutal y más burdo la idea de que este mundo es un "valle de lágrimas", quieren hacer de la tristeza atmósfera del alma y de una mortificación supersticiosa, estéril y mortífera, el único ejercicio de los sentidos... Hoy, el artista que, prescindiendo de los metros y de las bagatelas exteriores de la forma, mire el fondo del alma humana y estudie las condiciones de su destino, hallará inevitablemente un cierto pesimismo que es inherente a la naturaleza material y moral de todas las cosas... Por consecuencia si algunas "Doloras" resultan escépticas, en cambio otras adolecen hasta de un exceso de credulidad, y a un artista no hay derecho para pedirle cuenta de sus ideas, sino para examinar si sus

(1) He aquí—dice muy atinadamente González Blanco—resuelto un problema biográfico de gran interés para el conocimiento de la personalidad de Campoamor. En estas líneas está sobreentendida toda la gran amargura que disolvió las suavidades de su corazón y que le disuadió de volver jamás a su tierra natal, por la que acaso suspiraba.

ideas están bien reducidas a imágenes. Un lírico, sin ser ilógico, puede ser escéptico en horas de desaliento y optimista en sus momentos de esperanza. ¿Cumple el género de las "Doloras" con esta condición? Una mujer, que pasa por ser muy feliz, me dijo un día: "Si se descorriese una punta del velo que cubre las decepciones del alma de algunas personas que pasamos por dichosas, las "Doloras" (añadía, señalando la punta de un precioso dedo meñique) se quedarían así de chiquititas". Tienes razón, encantadora y discreta N... Comparadas con nuestros dramas interiores, las "Doloras" son unos idilios inocentes, unas composiciones casi místicas, que, si hubieran estado inventadas en su tiempo, es incalculable el número de preciosidades literarias que en ese molde hubieran podido vaciar los cerebros de los místicos, y, sobre todo, el recto, entusiasta y varonil de Santa Teresa de Jesús".

... En lo que están todos los críticos conformes es en afirmar, con más o menos fervoroso entusiasmo, que Campoamor fué un gran poeta, transformador y revolucionario, en el sentido estético de la palabra. Hasta él, los moldes clásicos tan rígidos en sus inmediatos predecesores y en sus contemporáneos — Quintana, Lista, Martínez de la Rosa, Nicasio Gallego...— eran imprescindibles, y el arte de escribir versos había de tener por norma esencial, no la libre inspiración del poeta, sino las máximas retóricas. Pues bien, Campoamor no quiso sujetarse a estas reglas torturadoras que depauperaban el es-

píritu y empequeñecían el pensamiento y escribió por cuenta propia, sin procuparse de los formularios corrientes y molientes e inventando nuevos géneros poéticos y nuevas formas líricas.

Esto le deparó muchos adversarios, cosa que en España no podía ni puede ni seguramente podrá nunca sorprender a nadie. La ley del rasero único tiene en nuestro país una aplicación tan esencial, nos hemos sometido a ella de modo tan renunciatorio que quién pretenda que le midan con un rasero distinto, tropezará siempre con la enemiga de todos los resignados a vivir apaciblemente formando en las filas de la vulgaridad.

Sin embargo, justo es decir que en el caso de Campoamor, el número de adversarios fué tan exiguo y tan grande, nutrido y entusiasta el de adeptos, que casi no merece la pena ocuparse de los primeros en atención a la importancia de los segundos. De tal modo era unánime en España este fervor que hizo decir a Mr. Quesnel en un artículo publicado en la "Revue Bleue", que se expresa así: "Un extranjero que sin consultar las obras poéticas de Campoamor leyera lo que de ellas dicen los críticos españoles, llegaría a creer que detrás de los Pirineos ha aparecido un gigante del pensamiento. Nada iguala al entusiasmo, mejor dicho, al embobamiento de sus compatriotas. Si uno fuera a hacerles caso, Campoamor habría cambiado la faz de la literatura española; una sola dolora bastaría para inmortalizar a un poeta; no habría palabras para expre-

sar la plenitud de la gloria de que disfruta el creador de cientos de doloras".

En las anteriores frases se advierte algo de irónico despecho. Quesnel no podía reconocer sin regateos todo el talento de Campoamor. Pero a medida que va analizando la obra de éste, va concediéndola mayor importancia y más solidez: "Ninguna literatura posee nada que se parezca a los pequeños poemas. Las generaciones futuras mirarán a Campoamor como el genio de los tiempos modernos... Ha sido para nuestros vecinos lo que ellos llaman un "asombro", es decir, algo que deja estupefacto, algo formidable y maravilloso. Jamás habían oído nada semejante, ellos, cuyos poetas líricos parece que han escrito las más de las veces letra para música de clarinete, de castañuelas o de guitarra... (1) En el momento en que España comenzaba a iniciarse en este ideal (ideal moderno) tan nuevo para ella, le era necesario un poeta salido del alambique de las ciencias positivas. Bió-

(1) Comentando estas afirmaciones, escribe discretísimamente el ilustre doctor Verdes Montenegro: "Puede elogiarse a un hombre directamente, o de un modo indirecto, para que el contraste resulte; y Mr. Quesnel elige esta vez ese camino, en el que no puedo seguirle. Sin negar que tienen las últimas palabras que trascribo una cierta médula de verdad, inspirada sin duda en Taine que creía muerta nuestra literatura desde el siglo XVII, no pueden ser aceptadas en toda su integridad. Lo que sucede es que mientras los demás poetas cantaban sin norte ni rumbo las impresiones del momento, Campoamor se ha subordinado a una idea constante, atento siempre a que un artista serio no debe perder de vista ese severo día siguiente de que habla Mr. de Sainte-Beuve."

logo, fisiológico, anatómico, y sobre todo químico, por pasión, estaba Campoamor, mejor que otro alguno en situación de expresar las preocupaciones dominantes del espíritu moderno; su corazón, naturalmente tierno, estaba hecho para darles el acento humano... La gloria de Campoamor es grande, por ser la de un representante, la de una encarnación poética de la fase más grande que ha habido en la evolución de la humanidad. Con este título, su nombre quedará indudablemente en la historia, y sus obras en los archivos literarios de España." En fín, si Quesnel, a pesar de los distingos que hace, consideraría glorioso a Campoamor, que está a punto de negarle la nacionalidad española, haciéndole francés, casi no pertenece a su país...; porque Campoamor nació en la vertiente meridional de los mismos Pirineos."

Como habrá podido ver el lector por los párrafos trascritos, Quesnel opinaba que Campoamor había sido exageradamente elogiado por la crítica española. En cambio, M. Boris de Tannenberg, en un trabajo publicado en la "Revue du Monde Latin" opina todo lo contrario, cuando dice: "El estilo de Campoamor es la perfección misma, sin duda alguna, y la crítica española no lo ha elogiado bastante."

Otros muchos escritores extranjeros, además de los mencionados, ocupáronse prolijamente de nuestro poeta, comentándole o traduciéndole, y desde luego haciendo popular su nombre, y justo es citar entre ellos, como más entusiastas partidarios de Campoamor, a Treverret y Bouret, en Francia, Fastenrath

y Diercks, en Alemania, y J. A. Cesáreo, en Italia, aparte de Eusebio Blasco, que en la prensa francesa hizo magníficas campañas en favor del glorioso autor de "El tren expreso" y de Elías Zerobo, que en la revista parisiense "Europa y América" publicó un notabilísimo trabajo, inserto después como prólogo a la bellísima edición que de las obras poéticas de Campoamor hizo la casa Garnier.

Los escritores españoles que analizaron, más o menos profundamente, la obra de Campoamor, que estudiaron la figura de éste o que se ocuparon de él en forma anecdótica o biográfica, son innumerables, y recoger sus opiniones resultaría sumamente prolijo. Nos contentaremos, pues, con reproducir algunas de las más notables.

REVILLA: "Campoamor ha realizado una revolución en nuestra literatura y ha logrado ser digno de figurar en el número de esos atrevidos innovadores que son punto de partida en una época literaria."

ALONSO MARTINEZ: "Campoamor es sin duda un gran poeta a quien el porvenir reserva una corona; pero sus fantásticas creaciones, casi me atrevería a decir, sus sublimes extravíos, revela cuánto abusa de su victoria el libre exámen sentado sobre las ruínas de sus rivales, hoy humillados y escarnecidos".

VENTURA DE LA VEGA: "Campoamor tiene una risa que llora y un llanto que ríe."

ACOSTA: "Tiene de Calderón las galas, de Que-

vedo los caprichos, de Ovidio las metamórfosis, de Ariosto el vértigo sublime." (1)

CLARIN: "Campoamor es un gran poeta, nuestro mejor poeta; es el que emprende en la lírica el género que parece a muchos idealistas por naturaleza el camino de la nueva vida literaria."

SANCHEZ MOGUEL: "La musa nacional, emancipada por Campoamor de los despotismos pasados de la antigua secta, se inspirará ya siempre en el movimiento real de la vida, en los sentimientos humanos, en la lucha magnífica de las aspiraciones encontradas, de los sistemas opuestos, de los contrastes sublimes de la existencia. Esta ha sido la obra de Campoamor y esta obra será ya eterna."

VALERA: "Su melancolía (de las de sus versos hablo, pues en su conversación es alegre como unas sonajas), tiene más de la languidez dulcísima que sucede al placer en una naturaleza sana y pagana, que de verdadera y legítima melancolía. Su misticismo no es sino el propio deleite, pasado por alquitara para extraer de él la más sublime quintaesencia. Su moral es tan blanda, que cuando se pone serio y nos reconviene, no asusta ni a los niños de la escuela: y de todas sus sátiras no se puede sacar, por más que se expriman, ni siquiera un adarme de hiel, sino alguna sal y pimienta, en que se sazona y hace más deseable el fruto prohibido... Campoamor es cándido y natural, hasta cuando quiere mostrarse más taimado

(1) Se refiere a "El Drama Universal".

y artificioso, y deja siempre ver a las claras que está satisfecho de sí mismo y de todo cuanto le rodea, que lo halla dispuesto para el bien, y que las cosas no pueden estar mejor de lo que están, pues hasta sus defectos son perfecciones, si se atiende al enlace y trabazón con que van encaminadas y conviene a la universal armonía".

CASTELAR: "Campoamor es la individualidad poética más sugestiva, y por lo mismo más original que hay en nuestro siglo. El mundo y el hombre, la naturaleza universal y la universal humanidad, Dios y lo infinito, se reflejan, como los árboles de la orilla en la linfa del transparente lago, en su alma y toman de esta alma los colores reproducidos luego con versos inmortales... Campoamor es inmortal, único, divino, capaz de subir desde lo agradable a lo sublime de un vuelo en su poesía propia: en la poesía lírica."

FIN DE LA OBRA

INDICE

Páginas

CAPITULO I: CAMPOAMOR, NIÑO. — Los primeros años. — Asturias la bella. — Dos estirpes diferentes. — El maestro don Benito. — A Campoamor no le gusta el latín ... 5

CAPITULO II: CAMPOAMOR, ESTUDIANTE. — De Navia a Compostela y de Compostela a Madrid. — En el Colegio de Santo Tomás. — Una vocación inexplicable: Campoamor quiere ser jesuita. — Estudiante de Medicina. — El consejo de un catedrático 13

CAPITULO III. CAMPOAMOR, POETA. — La influencia romántica. — Una profecía de Espronceda. — Cinco horas diarias en la Biblioteca Nacional. — El Liceo Artístico le abre sus puertas. — Profesión de fe monárquica. — La bella desdeñosa. — Aparecen "Las Doloras" y obtienen gran éxito 19

CAPITULO IV: CAMPOAMOR, POLITICO.—Unas semblanzas famosas. — El liberalismo aristocrático. — Gobernador de provincia. — Los dichosos tràmites. — El cólera en Alicante. Un cimbalillo molesto. — La boda de Campoamor. — Valencia se insurrecciona y es arengada por otro poeta. — La vida tranquila 29

CAPITULO V: CAMPOAMOR, ORADOR. — No le gusta la oratoria. — "Palabras, palabras, palabras". — El bello arte de decir. — Campoamor defiende la libertad de imprenta. — Los mensajes de contestación a la Corona. — "¡Adios, leales!" — Cosas del fiscal de imprenta 43

CAPITULO VI: CAMPOAMOR, PERIODISTA. — El pago de una semblanza. — Un artículo de "La Epoca". — El duelo con Topete. — Campoamor pudo evitar la revolución. — Una acusación de Nakens y una defensa de Fernández Lremón. Campoamor, corresponsal 53

CAPITULO VII: CAMPOAMOR, DUELISTA. — El primer desafio. — Campoamor no quiere seguir disparando. — Un arbitraje de García Gutiérrez. — El abrazo a Topete. — Las terribles armas de duelo 63

CAPITULO VIII: CAMPOAMOR, ACADEMICO. — Una vacante y una propuesta. — A Martínez de la Rosa sigue disgustándole la palabra "Doloras". — Las siestas de Campoamor. — El discurso necrológico de González Bravo 71

CAPITULO IX: CAMPOAMOR, DRAMATURGO. — Los primeros ensayos. — De fracaso en fracaso. — Campoamor se obstina en ser dramaturgo. — Una caracterización de Mariano Fernández. — El desengaño y la renuncia 79

CAPITULO X: CAMPOAMOR, LIRICO. Las Doloras. — Lo que oyó Campoamor al cura de el Pilar de la Horadada. — Los pequeños Poemas. — La carta de "El tren expreso". — Un solo de "Clarín". — Los cantares de Campoamor 85

CAPITULO XI: CAMPOAMOR, HUMORISTA. — Los salones literarios y las "cachupinadas". — Los álbumes y abanicos.—Del piropo al humorismo.—Campoamor no estaba conforme con algunas de sus humoradas 99

CAPITULO XII: CAMPOAMOR, EPICO. — La indisciplina y la inconstancia. — De ensayo en ensayo. — La obra de un gobernador civil. — Campoamor, émulo de Espronceda. — La espina en el alma 111

CAPITULO XIII: CAMPOAMOR, FILOSOFO. — Las primeras preocupaciones. — En el campo de la jurisprudencia. — Los debates del Liceo y del Ateneo. — Un fraile a quien no

asustan los volterianos. — El polemista y el escéptico ... 119
CAPITULO XIV: CAMPOAMOR, CASADO. — La elección acertada. — Un idilio que dura cuarenta y un años. — ¡Es preferible oir misa a oir a la mujer! — Bromas y golosinas. — La pareja de viejecitos 127
CAPITULO XV: CAMPOAMOR, INTIMO. — Ni escéptico ni incrédulo. — Un gran agricultor. — Los amigos del poeta. — Campoamor tira a los pájaros y da caramelos a las niñas.— Declaraciones íntimas 139
CAPITULO XVI: CAMPOAMOR, GLORIFICADO. — La coronación del poeta.—Su negativa rotunda.—Mario y Romero Robledo. — Reprise de "Cuerdos y locos". — Campoamor e Ibsen 155
CAPITULO XVII: CAMPOAMOR, MUERTO. — Los instantes supremos. — La última firma. — La muerte y el entierro. — Los temores del Gobierno. — El primer puñado de tierra. — Homenajes póstumos. — Una velada, una lápida,- un monumento y unas flores 161
EPILOGO: CAMPOAMOR, JUZGADO POR LA CRITICA. — P. Ceferino González. — Julio cejador. — Alejandro Pidal. — P. Blanco García. — Ruiz Aguilera. — Manuel de la Revilla. — Giner. — Valera. — Andrés González Blanco. — Mr. Quesnel. — Ventura de la Vega. — Acosta. — Clarín.— Sànchez Moguel. — Castelar 175

Campoamor y Campoosorio,Ramón de 303043

Author Zurita, Marciano

Title Campoamor.

LS
C 198
.Yz

DATE.	NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED